

punto de partida

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

No. 249
ISSN: 0188 - 381X

EFICACIA





punto
de partida

No. 249

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Leonardo Lomelí Vanegas
Rector

Rosa Beltrán
Coordinadora de Difusión Cultural

Julia Santibáñez
**Directora de Literatura
y Fomento a la Lectura**

PUNTO DE PARTIDA

Dirección: Carmina Estrada
Edición: Aranzazú Blázquez Menes
Redacción: Alejandro Arras
Diseño original: Jonathan Guzmán
**Diseño de este número y
dirección de arte:** Anilú Zavala
Difusión: Axel Alonso
Asistencia secretarial: Silvia Rodríguez
Impresión en offset: Litográfica Ingramex, S.A.
de C.V. Centeno 162-1,
Col. Granjas Esmeralda, Ciudad
de México, 09810.

Punto de partida, Dirección de Literatura y
Fomento a la Lectura, Zona Administrativa
Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad
Universitaria, Coyoacán, Ciudad de México,
04510.

puntodepartida.unam.mx
puntoenlinea.unam.mx
Tel.: 56 22 62 01

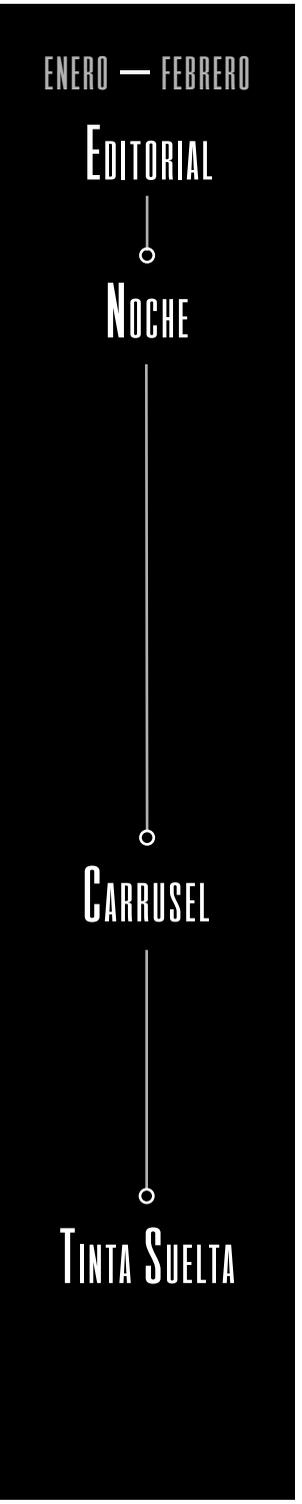
Dirigir correspondencia y colaboraciones a
puntodepartidaunam@gmail.com

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus
autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación bimestral fundada en 1966, editada por la Dirección
de Literatura y Fomento a la Lectura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad
Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510. ISSN:
0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524.
Reserva de derechos: 04-2002-032014425200-102.

 @Puntodepartidaunam
 @P_departidaunam
 @puntodepartida_unam

Tiraje: 1000 ejemplares en papel
cultural de 90 gramos, forros en cartulina
Loop Antique Vellum de 216 gramos.



Editorial 5

La breve luz que se resiste a morir. Gerardo Almaraz 8
Su primera noche en avenida Extremadura.
Ofelia Ladrón de Guevara 10
Me gusta ver la ría con mis amigas. Ana Espinoza Chonillo 12
Pedazos. Cesia Moreno 16
Al filo. Leire Aguilar Lizárraga 20
Descenso. Itzel Espinosa Fuentes 22
Madrugado. Sebastián Varo Valdez 25
El tilcuate. Adán Machuca García 26
Cuervos. Alicia Almaguer 29
El sendero. Lorena Aviña 30
La situación. Omar Castro Guadarrama 36
[El primer trazo]. Giovanni Rodríguez Cuevas 44
Noches amargas. Diego Montoya 47
Lo que perdimos en la noche. David Pichardo 48
La noche por adentro. Miguel Montaña Montes 51

Sarah Kane: un instante de claridad antes de la noche.
Guly Miller 56
Entrevista con Fabio Morábito. Alejandro Arras 60
Algún día, el sueño. Sandra Olmos 65
Pánico o peligro de María Luisa Puga.
Karol Nayeli Rojas 69

Dormir. Denisse Beltrán 71

Colaboradores 75



Camile Jerez (They/Elle)
(Osorno, Chile).
Ilustradora independiente.
Diseña y dibuja para la
ONG Organizando Trans
Diversidades, así como
para libros y proyectos de
café. Estudió Diseño en la
Universidad Tecnológica
de Chile y Psicología en la
Universidad de los Lagos
y Universidad Tecnológica
de México.

📷 camilejerez.m



CONTRAPORTADA



Fabián Parra
(Ciudad de México, 1992).
Estudió Artes Visuales en
la FAD, UNAM. Fue
beneficiario del FONCA
en Dibujo (2019). Su
trabajo ha sido expuesto
en Imaginaria Café,
Museo Jumex, Fundación
Sebastián, MUCA, Galería
NACO y en la Universidad
Finis Terrae, en Chile.

📷 e.fabianparra



Editorial

EL FINAL DEL DÍA, la noche, también puede ser un comienzo. La noche es un escenario de contrastes: es oscuridad que revela, su silencio aparente desentona con el barullo interno de la conciencia; puede ser pacífica o, al contrario, el momento del furor báquico, de las pesadillas y de criaturas fantásticas. Es también un motivo que la literatura nunca ha dejado de lado. El *dossier* de esta edición, la primera del 2025, está compuesto a manera de guiño al ritmo insomne de la noche a través de intermitencias entre la poesía y el cuento breve, y un par de crónicas.

Comenzamos con un ocaso que se cuela por las ventanas de la mirada en el poema “La breve luz que se resiste a morir”, de Gerardo Almaraz. Luego, Ofelia Ladrón de Guevara narra la trampa que el paisaje sonoro le pone al sueño en “Su primera noche en avenida Extremadura”. Desde Ecuador, Ana Espinoza Chonillo escribe “Me gusta ver la ría con mis amigas”, en cuyos versos el jolgorio y la amistad les plantan cara a las diferencias sociales, mientras que “Pedazos” es una crónica de Cesia Moreno que transcurre en Culiacán y Mazatlán y da cuenta de cómo la violencia trastoca los cuidados y atrapa las rutinas en las horas de luz. Leire Aguilar Lizárraga escribe sobre los temores que despiertan al anochecer en una serie de tres poemas titulada “Al filo”; algo semejante hace Itzel Espinosa Fuentes en “Descenso”, versos marcados por el terror a lo que se derrumba. Luego, el personaje de Sebastián Varo Valdez en “Madrugado” navega entre la pesadumbre y murmullos ajenos, batallando para hacer un recuento introspectivo de la noche anterior.

Siguen dos poemas de criaturas nocturnas: “El tilcuete”, de Adán Machuca García sobre esa temida serpiente rodeada de mitos; y “Cuervos”, de Alicia Almaguer, protagonizado por la mirada del ave de la noche por antonomasia. Le sigue una historia de exorcismo: “El sendero” de Lorena Aviña, y después, de vuelta a la realidad, no menos horrorosa que la fantasía, Omar Castro Guadarrama nos comparte “La situación”, una crónica sobre su viaje a Culiacán que muestra el contraste entre la tensión por la violencia y la persistencia de la vida cotidiana más allá del miedo.

Giovanni Rodríguez Cuevas versa sobre una sombra tentadora e imponente en su poema “El primer trazo de la noche”, y en “Noches amargas” Diego Montoya narra los angustiantes minutos de un susto que no fue. La siguiente colaboración son tres poemas de David Pichardo sobre el anhelo, los cambios y la permanencia en “Lo que perdimos en la noche”. Así como el *dossier* comienza con la oscuridad abriéndose paso en la mirada, cerramos esta sección con “La noche por dentro”, un cuento breve de Miguel Montaña Montes cuyo protagonista, en cambio, le abre el paso a la luz vaciando la cuenca de sus ojos.

POESÍA

NARRATIVA

ENSAYO

ENTREVISTA

RESEÑA

ILUSTRACIÓN

FOTOGRAFÍA

CÓMIC

El Carrusel de este número comienza con un ensayo de Guly Miller sobre Sarah Kane, dramaturga británica que exploró a través del quiebre de las formas teatrales algunos de los rincones más oscuros de las relaciones humanas. Para Entre voces, Alejandro Arras conversó con Fabio Morábito a propósito de su libro de cuentos más reciente, *Jardín de noche*, y sobre estos espacios como motivo literario, las estrategias de escritura y los universos que crean los autores. Bajo cubierta nos acerca dos obras no recientes, pero cuyos temas dialogan de cerca con la actualidad: las poblaciones marginadas y la corrupción en *Yo, como pobre...* de Magdalena Mondragón, reseñada por Sandra Olmos, y la experiencia de la mujer chilanga en *Pánico o peligro* de María Luisa Puga, reseñada por Karol Nayeli Rojas.

En Tinta suelta publicamos un cómic de Denisse Beltrán sobre el deseo de un buen descanso. La gráfica de la edición son colaboraciones espléndidas de Fabián Parra, con una serie sobre la noche como un espacio mental; *collages* de Andrea Avelar e Iván Estrada que juegan con la fantasía onírica, e ilustraciones desde Chile a cargo de Camile Jerez.

A las miradas que llegan a *Punto de partida* por primera vez, ¡bienvenidas!, y a quienes están con nosotros en este camino desde antes, gracias por acompañarnos un nuevo año. Disfruten estas páginas nocturnas, a la espera de un alba renovada. 🌙

Aranzazú Blázquez Menes

NOCHE





La breve luz que se resiste a morir

GERARDO ALMARAZ

No entres dócilmente en esta noche quieta
Dylan Thomas

Aquí como un arbusto
de cuatro raíces

como agua de estanque
que se divierte con olas
que producen las lenguas de las libélulas

una lámpara de una morgue
o en el epicentro de una angustia

veo
templarse la noche:

sentado frente a una ventana

¿por qué las ventanas, en vez de luz, encierran una desesperación de muerte?

se dibuja en la pared de afuera
una charola de luces que tiene más movimiento
que mis pies de ir y volver del escritorio al baño.

Aquí la quietud sólo se rompe
con la fugaz manchita de rayo crepuscular
que descuidan estos herméticos edificios:

Buenas noches, digo
Gud bai, me responden

Cierro las ventanas, apago la luz:
amanezco en el sueño con una pared y una ventana frente a mí.





Su primera noche en avenida Extremadura

OFELIA LADRÓN DE GUEVARA

Para Xavie

CUANDO LE MOSTRARON EL DEPARTAMENTO ni siquiera se detuvo a pensar en la avenida. Se enfocó en preguntar si había supermercado, tiendita de la esquina, cafeterías, algún parque; cuáles eran las estaciones de metro, metrobús y ecobici próximas. Las grandes ventanas de la habitación le parecieron adecuadas, al igual que los 80 metros cuadrados de superficie total. Al evaluar la posibilidad de cumplir sus necesidades fácilmente, firmó el contrato. Haría tan sólo 18 minutos de camino al trabajo: se dijo a sí mismo que había domesticado la ciudad.

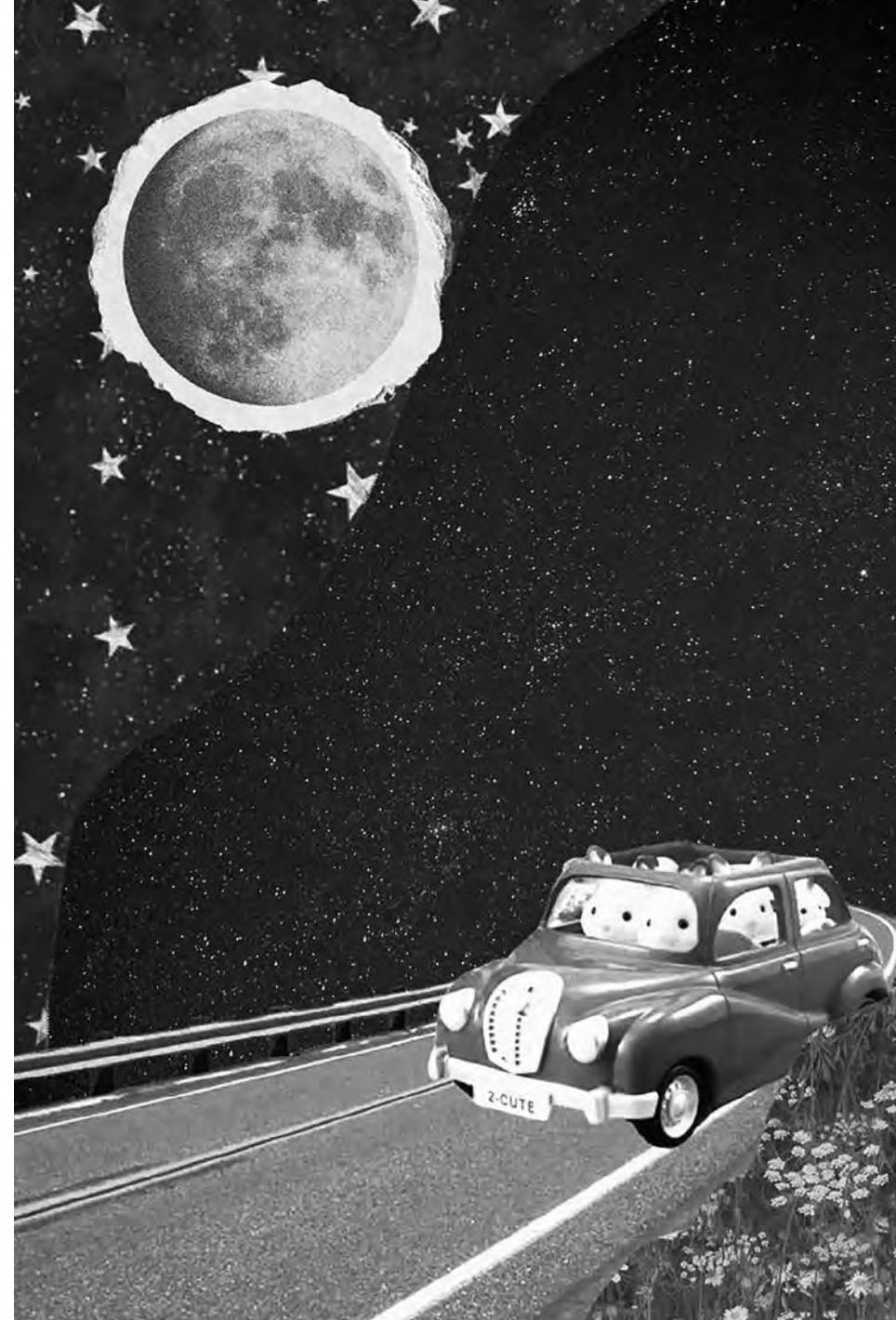
Llevó a cabo la mudanza por la mañana. A eso de las cinco de la tarde había vaciado las cajas con los objetos primordiales, conectado el televisor y puesto en un rincón lo que en los días siguientes se ocuparía en acomodar. Se bañó: el agua de la regadera cayó con potencia y le alivió el cansancio de subir y bajar escaleras, de cargar cosas. Para celebrar pidió una pizza artesanal a domicilio. Se fue a dormir a eso de las 12 de la noche, más tarde de lo que acostumbraba, emocionado por la nueva vida que le esperaba: menos horas de tráfico y más de sueño.

Era como un oleaje o una brisa de la que no se había percatado mientras ordenaba sus pertenencias en el departamento. Ni siquiera al bañarse o comer la pizza. Por la frecuencia en la que los automóviles se desplazaban en la avenida supo que ese río citadino, hecho de cláxones y de llantas restregándose en el pavimento, había estado allí siempre. Después de cambiar varias veces de posición y dar vueltas en la cama, se levantó a cerrar muy bien las ventanas. El ruido se apagó un poco: como ladrido domesticado por el grosor metálico de un zaguán. Volvió a la cama. Una moto cruzó a gran veloci-

dad. El escape retumbó. Demonio de esmog encolerizado. Se cubrió la cabeza con la sábana. Pero ni siquiera así. Dejó de clasificar: ya no era un tráiler y aquello una sirena de ambulancia y lo de más allá, recitando el lenguaje de un viento ficticio, un avión. Todo se convirtió en parte de lo mismo: en un terrible monstruo sonoro. Decidió tomar una pastilla para dormir. La única manera que se le ocurrió de combatirlo, de no dejarlo entrar a su dominio, pues ya sentía a las llantas chirriantes de la avenida como uno más de sus pensamientos. Regresó a la cama. En el reloj del buró palpitaban cuatro números rojos. Leyó: 03.48. Se acostó y apretó la almohada con fuerza, con toda la desesperación que sentía por no poder dormir.

El medicamento hizo su efecto a medias: la cabeza dejó de dolerle, pero se sumió en un sueño entrecortado, penoso. Se vio en un desierto defendiéndose de extraños coyotes azules, peleó con pulpos en una alberca e incluso experimentó la detonación de una mina. El monstruo sonoro se había apoderado de su inconsciente. Entre cada uno de estos sucesos: los rines de un automóvil y el tronar del motor de un tráiler se manifestaban como la causa de estos hechos que, en varias ocasiones, le hicieron despertar con taquicardia. Cuando sonó la alarma para ir al trabajo, estiró el cuerpo entumido. Fue al baño y, mientras se lavaba la cara, vio las sombras negras que decoraban sus ojos. Necesito un expreso doble, pensó, y se dirigió a la cocina a preparárselo.

Sobre la oscuridad —esa oscuridad grisácea de la noche que nunca termina de hacerse en el cielo de la Ciudad de México— se veía cómo la mañana se abría camino. Sorbió de golpe el expreso con la mirada fija en



Andrea Avelar, *Nació de noche, le gusta pasear en coche*

el ventanal de la sala. Desde ahí se veían el metrobús, como una serpiente roja, deslizándose en línea recta, y la avenida Extremadura en la que los automóviles entonaban su canto metálico. Tan sólo 18 minutos, murmuró con ironía. Entendió, de pronto, el precio de la renta. Porque, acaso, de ser posible, para dominar la ciudad le faltaba pagar un poco más del doble. **P**



Me gusta ver la ría con mis amigas

ANA ESPINOZA CHONILLO

Me gusta mandarle pequeñas
maldiciones a los
socialcristianos ricachones
que navegando en sus lanchitas fancy
beben champagne
adueñándose de la guayas.

Aunque estamos en la otra orilla
ellos nos ven
y nos devuelven
no pequeñas sino grandes maldiciones.
Sentimos sus ojos morbosos
sobre nosotras
cholas negras ricas
tan ricas, pero tan
demasiado descartables
demasiado empobrecidas
demasiado proletarias
demasiado mostronas
para ellos y sus
botecitos
con los que gozan
en el agua que nos pertenece a nosotras.

Y los volvemos a ver
clavamos en ellos
más
hechizos fulgurantes
perros fancys
ojalá la ría se los trague
y los escupa
cerca de mi isla...

Dejamos para después
el descriterio y las malas vibras
para imaginar un futuro escape...
soñamos con que llegará el día
en que el agua
se trague todo el mal gusto de este
Guayaquil rompecorazones.

Mis amigas y yo estamos hartas
pero ñangaras de unos cacheros
y ¿qué se puede hacer?
si una es terca y erótica y outsider.

Me llevo a mis mujeres
a comer a mi casa
aunque sea de noche.
Si tomáramos una lanchita
fancy blanca socialcristiana
nos perderíamos de todo el jolgorio
que implica el moverse de norte a sur.

Después de cruzar mil puentes
al fin vemos a la trinitaria
pequeñita y gris

resistir
 cercada por la monstruosa maquinaria del puerto
 que brilla en la oscuridad como una luciérnaga inmensa
 a punto de parir.
 La máquina de luces y metal es
 prueba máxima
 de que el progreso es sólo para ellos...

El verde del mangle nos hace olvidar por un momento
 las maldiciones
 y respiramos el vientecito salobre del estero
 tan explotado y tan contaminado.
 Un brazo de mar
 antes habitado
 por un montón de criaturas raras
 peces brujo
 cangrejos azules
 mantarrayas rosadas...

Recuerdo que hace tiempo veía a mis vecinas
 parar la olla con lo que les daba el estero
 ellas nunca se dejaban ver las anquetas del hambre
 llenaban las panzas de sus hijos con churos
 o bagres miniatura más conocidos como pollitos.
 Arrullaban a la luna con sus currulaos
 las mujeres de mi isla jamás
 le han temido a la noche.

Llegamos con mis ñañas
 a mi casa y lo engullimos todo.
 Después caminamos al fondo
 para ver
 al estero-brazo marino

fantaseando de nuevo
 con ver algún animal bellissimo y místico como ellas
una mantarraya gigante o un delfín quizás

El delirio nos coge duro más después
 de haber comido rico
 y nos reímos
 y las vecinas cuchichean
 y los perros nos ladran
 nos despedimos con besos
 con toda la sal del estero pegada en nuestras lenguas
 con todo el aire del fondo entrando
 y saliendo de nosotras
 ellas se van
 yo permanezco en esta isla que acabo de inventar
 para resistir la ciudad.



Pedazos

CESIA MORENO

¿A qué vinimos, noche, corazón de la noche?

Rosario Castellanos

El patio

Cierro la puerta y la noche queda fuera. Van a ser las siete. Los perros me reciben con la energía acumulada de las caminatas que no han de ser. Tiene más de un mes que sus paseos se limitan a nuestra calle. Cohabito con cinco perros acostumbrados a ir al parque a correr de noche o antes de que salga el sol. En una ciudad como Culiacán, con un clima que rebasa los 40°, llevarlos en otro horario me parece casi maltrato. Cómo les explico que no podemos salir tarde ni lejos porque la noche ha sido secuestrada, me es difícil articular un lenguaje ante la violencia que sólo nos deja como refugio las horas de un día que insiste en arder hasta los últimos meses del año. Quizá un cuento o algo parecido. Acepto la derrota. No hay ficción ni metáfora que me alcance.

La noche de la ciudad, la noche del parque, la noche del espacio público es zona de guerra. Sus patas impactan mis piernas. Me abro paso por la casa. Tropiezo. Se meten entre mis pies, lamen, empujan y buscan el contacto con mi cuerpo. El comedor y la sala son un caos. Me apresuro a cambiarme de ropa para salir al patio. Cuando termino de lavar, servirles el agua y alimento, ya está oscuro. Esto tenemos, un pedazo de noche, la noche del patio.

Corren por la escalera más de las veces que puedo contar, los acompaño sentada en un escalón, suben al techo, esperan algún carro o moto para ladrarle, pero casi nada pasará a esta hora. Acaso un gato. Siento culpa. No me alcanza el cuerpo para correr a su lado hasta jadear y que el aire nos contenga en el presente. Reparar

en mí como un tipo de atracción a medio camino para que les sobe la cabeza o les rasque tras las orejas.

Una amiga que no es de acá me escribe preguntándome cómo está todo. Le cuento que los perros están inquietos, que de a poco los he ido acostumbrando a los nuevos recorridos cerca de la casa. Hay un silencio. Pienso que esperaba otra historia, una que empezara por algo más apegado a la generalidad de la situación. Algo que pudiera ser *retweeteado* o subirse en *storys* con el hashtag #fuerzaculiacán. Un mensaje en este tono: Está terrible la narcoguerra, a cada rato hay balaceras, van muchas víctimas, más de las que dicen en las noticias, las autoridades siguen minimizando el alcance de la violencia. O para meterle más identidad caricaturizada culichi: Nombre', los chapitos y la mayisa se andan dando con todo por la plaza, ¡¿yyy eel Rochaaa?! Ni sus luces. Que no pasa nada, dice. A los plebes los quiere mandar a la escuela en pleno culiacanazo, como si supieran esquivar balas.

Después de un día del visto, reacciona al mensaje con el emoji de abrazo. El desconcierto de su forma muda de acuerparme a la distancia me entenece. Yo tampoco sabría qué decir. Lo he vivido varias veces, están por cumplirse dos meses del encierro nocturno y aún me cuesta enunciar lo que pasa. Por eso hablo de los perros, porque quién somos sino una comunidad que ha aprendido nuevas formas de cuidado, una ciudad acomodando su vida en menos horas, atrapada en el día.



Camile Jerez, *Por las noches volamos*

Ventanas

Abro la ventana para sentirme parte del mar. Las diminutas gotas de agua van envolviendo mis dedos como vestigios de la brisa. Tuve la suerte de que me dieran, sin pedirlo, una habitación con una ventana por donde se cuela la respiración de las olas. Mientras me peleaba con los botones de un elevador viejísimo, traté de no pensar en las palabras del joven que me entregó las llaves de la habitación. Pero la forma en la que contuvo la sonrisa me lleva a repetir el momento en lo que subo al octavo piso. Si van a salir, no anden fuera muy noche.

Al terminar el evento al que vine, tomo un taller en línea, invito a una amiga al hotel, me dice que si me hace

sentir más segura podemos quedarnos en la habitación, pero que la cosa no está como en Culiacán. Me rebotan por la cabeza las formas como le nombramos: la cosa, la situación, el problema, el ambiente. Compramos unas Chips en el Oxxo y nos sentamos frente a la ventana. El espejo azul va atrayendo la luz con su marea hasta que en el horizonte no se distingue más que una oscuridad de fondo, interrumpida por el aura de los faroles.

Mazatlán es una ciudad que vive de noche, en especial en Olas Altas; en otras ocasiones me ha costado dormir por la música de banda, las peleas de los borrachos o el eco de la fiesta en los bares cercanos. Suele

quedarme algo de envidia, mis visitas son por trabajo y la fiesta suena a la distancia en lo que lleno algún informe. Esta vez hay silencio. A las 11, son pocas personas sentadas con sus piernas colgando en dirección al mar, sólo cuento dos hieleras con cerveza y los que caminan con micheladas en la mano lo hacen con prisa. Todavía no son las 12 y no hay ni una tercera parte de las personas que habría en un viernes por la noche de hace algunas semanas. Mi amiga se despide. Me repite que es más el miedo que otra cosa.

Cuando amanece, corro la cortina para dejar de distraerme con la vista. Debo salir antes de la una de la central. La noche es más peligrosa en carretera. Hay días que se niegan a seguir un itinerario. En el trayecto de la entrega de la habitación y la caminata del lobby a comprar un agua, pierdo mi celular y mi cartera. Tras acceder a la cuenta para rastrear el dispositivo y cancelar las tarjetas, se me va el tiempo. El naranja característico de los atardeceres mazatlecos se expande por cada espacio. Me voy a la central, sin teléfono y sin cartera. Por fortuna había comprado el boleto redondo de camión.

La distancia es corta, me digo. El camión está un poco vacío. La mayoría son personas que vienen de más al sur. ¿Sentirán también esta pesadez en la nuca que me impide recargar por completo la cabeza en el asiento? Observo por la ventana y me da algo de tranquilidad la sensación de movimiento. Después de una hora de trayecto, una mujer distingue algo de humo. No estoy segura si primero se para o primero es el grito. Tampoco distingo el mensaje completo. Sé que pide que pare el camión. El conductor reduce la velocidad y, con una voz que parecía ensayada, pide calma. Asegura que es basura. Que hasta ese momento no hay ningún incidente en carretera. Que se encuentran monitoreadas.

Pasa tan rápido. Me pregunto cuál hubiera sido mi reacción si yo hubiese visto el humo antes de escuchar el mensaje del conductor. Las imágenes de la quema

de automóviles en carretera son un lenguaje del horror muy específico. Si me pidieran calma, no creo que la pudiese dar. El resto del recorrido transcurre en paz. A la mujer la ponen a hablar por teléfono con su hija. Ahora sé que ha de tener unos 50 años, por la forma en que se va tranquilizando para no preocupar a su hija. Su forma de hablar me recuerda a algunas tías que están en esa edad. Son las cinco. Por la ventana el verde de los árboles se mezcla con manchas grises que se desdibujan al paso. El grito de la mujer reaparece. Pero ella está en silencio. Dejo de ver por la ventana.

Es mi mente. Va repitiéndolo como eco. Lo siento pasar por cada vértebra, se aprieta para recorrer mi espalda. La tensión abandona mi nuca y me hace encorvarme. Llegamos a las 6:10. Respiro. Trato de estirarme. No lo hago. El conductor solicita bajar rápido. Sostengo la mochila con las manos. No puede colocarla en la espalda. Camino a buscar un taxi. Me digo lo idiota que soy por haber extraviado el celular y tener que pagar la tarifa inflada de la central. El taxista me indica que el módulo de cobro está más atrás. El cuerpo me pide estirarme. Yo lo fuerzo a caminar, entrar y sentarse. El eco del grito va expandiéndose.

Don José, quien se ve mucho más viejo que en la foto de la ficha de información que lleva pegada enfrente, me pregunta que si fui de vacaciones. Alcanzo a responder que no. Que salí por trabajo. Si no, no iba. De nuevo el silencio. Veo por la ventana del auto para evitar ver a don José verme de reojo por el retrovisor. Casi todos los negocios están cerrados. ¿Estás bien muchacha?, no te me vayas a desmayar. Sólo es dolor de espalda. Lo bueno que ya casi llegamos, eh. Cómo está la cosa allá. ¿Está más tranquilón? No sé qué decir. Cuál es el parámetro. Casi no salí. Llegamos. Otra vez el cuerpo. Camino, abro, entro a la casa, cierro, me estiro y la noche queda fuera. O eso quiero creer. Van a ser las siete. **P**





Descenso

ITZEL ESPINOSA FUENTES

Sigo soñando que las cosas se mueven:
el techo, las paredes, los focos
caen sobre nosotros mientras dormimos.
Lo veo todo desde arriba
y entro en pánico al darme cuenta
de que no escuchas cuando te grito
para que me despiertes de la muerte.

La tierra se abre y me hundo en un agujero.
Hay una mujer, como yo, que llora.
Hay cadáveres, como yo, que nunca se encuentran.
Hay un perro y hay un río. Sé que tengo que nadar para salvarme.
Me quito la ropa y con ella mi carne,
mi cuerpo, mi corazón,
para que los tengas siempre.
Me quedo con el cráneo desnudo y
el resto de mis huesos. Pienso que será suficiente,
que habrá alguna forma de regresar.

Busco tu espalda entre lo oscuro
para tocar lo poco de realidad que aún me queda.
Despierto llorando y me dices que no pasa nada,
no han sonado las alarmas, no ha amanecido.
Seguimos en nuestro cuarto de estudiantes,
nuestro búnker al que no llegan otras catástrofes,
otras tristezas, otros amores.

Pero ese también es un sueño.
Nunca pude volver para despedirme,
sólo tuve unos segundos para entender que
éste era el camino que me tocaba continuar,
un sendero en el que estoy yo conmigo
en el que a veces se escucha el reflejo
de mi voz a las dos de la mañana
que me dice
ponte los zapatos,
tenemos que salir,
rápido, no hay tiempo,
porque el mundo se está cayendo.



Madrugado

SEBASTIÁN VARO VALDEZ

EL SILLÓN INDIVIDUAL CEDE con soltura ante mi escaso peso, haciéndome creer por un momento que mi intervención puede marcar una diferencia. Entre la comodidad de sus cojines, me hace cerrar los ojos mientras mis pensamientos se extienden en hilos algodónados que, como una cuerda en mi cintura, me invitan a dejarme llevar hacia mis deseos más negados; repitiendo en mi cabeza sin cesar: *si pudiera reposar aquí por siempre, sería feliz*. Pero, ¿qué hay?

Los perros afuera no dejan de ladrar ante la discusión que lleva ella, quien me ha abrigado con hermandad e insiste en iluminar mi perpetuo estado modorro, con él, quien es una figura escondida entre las sombras nocturnas y que a sus ojos estrellados es el nuevo intento de salvación, pero los gritos sin sentido que se filtran a través de la gruesa puerta de la entrada sólo se entrelazan con los rasposos y sedientos alaridos de las bestias que defienden la casa del vecino, como si del Tártaro se tratara.

En un asiento del largo sillón junto a la pared, un joven no tan desconocido duerme noqueado por los efectos del alcohol. Junto a él, el dueño del departamento, a quien me acaban de presentar, recita los paródicos versos de un soneto con una voz armónica que comienza a rayar en la desesperada búsqueda que implica el desvío de la atención. Lo comprendo, pero, ¿qué hay?

Intento que la poesía novata llegue a mi cerebro mientras algunas frases de la discusión que sucede afuera se mezclan en una ansiosa estridencia átona:

*Las piedras no cambian en el desierto
“¿Entonces prefieres que sea aburrida?”*

Y los cactus no pierden sus espinas.

“Siempre es lo mismo contigo.”

Ojos secos que me muestran en ruinas.

“Escúchame... ¡No! EscÚCHAME...”

En esta conjugación estoy muerto.

“¿Por qué insistes en hacerme sentir mal?”

Un gallo se suma al escándalo en las orillas de la oscuridad que friccionan el alba. Aunque sé que no falta

mucho para que la luz seque las lágrimas acumuladas en las bolsas bajo los ojos, el tiempo parece estancarse conmigo en el rincón oscuro en donde me resigno a conciliar un poco de descanso, pues la diversión que se me había prometido al inicio de la noche, cercano al día siguiente se me ha sido negada. *Pero, ¿qué hay?*

Me esfuerzo por dissociarme de esta realidad perdiéndome al igual que monedas al fondo del sillón. Intento no pensar en mi otro yo que combate en el exterior. *¿Se cansarán las estrellas al igual que nosotros de ser testigos de dichas escenas terrenales?* De ser así, inamovibles en lo celestial, entonces, ¿qué hay? Yo libero por salir a la superficie para enfrentarme al retraso del amanecer, y en el proceso razono las falsas verdades que argumentaban los versos del chico que nos invitó los mojitos como a eso de las diez: *No. Las piedras en el desierto se desmoronan hasta convertirse en tierra por las contracciones que generan en ellas el día y la noche.*

Yo sólo quiero dormir y no volver a encontrarme dentro del agujero al que he caído. Sin embargo, siento el fondo moverse, como si se preparara para alejarse el próximo viernes y dejarme caer de nuevo en un problema que no me pertenece.

El asiento es tan agradable que me invita a morir ahí como si no hubiera por hacer nada más, como si yo no esperara a que abran el metro para poder escapar. Como si mi indiferencia no me hiciera cómplice de la noche. Como si no supiera la respuesta sobre lo que yo mismo sé que en realidad hay, pero los perros ladran hechos una furia, alimentados por los sollozos que salen del enfrentamiento, y el joven con el libro en las manos ahora permanece callado, mientras observa a su madre salir de una habitación, tan agotada de energías como debo de parecer yo, y con una mirada que me indica que ella sabe que es mi cuerpo recostado en el sillón el que oculta la mancha ya seca del derrame de cerveza que hace menos de una hora intentábamos limpiar. **P**



El tilcuate

ADÁN MACHUCA GARCÍA

Espero el espeso peso del sopor
 Y me ablando negro y vasto como el sueño
 Hasta no oír voz ni llanto ni gemido entro prono casi plano
 Subo y trepo los trapos que tocan los suelos fríos
 (Como mi mismo cuerpo)
 Acaricio tus tibias y negligée
 Rozo tus muslos y vientres cálidos
 Pechos donde se entrevera un cuerpo también cálido y liso
 Lo enrosco suave y lo extraigo de tu costilla y chilla como un pequeño puerco
 Lo callo con mi falso pezón y duerme tranquilo como casi siempre
 Lo alimento de párvula baba y nada

Duerme entre mí

Yo tomo su lugar privilegiado y bebo todo lo que puedo...

Entrada el alba me despido con un bifurcado beso
 Y a la noche siguiente vuelvo guiado por el vagido del hambriento.



Iván Estrada, Ponerte a girar



Cuervos

ALICIA ALMAGUER

Estoy en un agujero oscuro y tengo miedo.
Me mira el ojo miope más cansado de la noche.
Un cuervo codicia el brillo de mis ojos,
le pido el peine para trenzarle el cabello al insomnio.

Me dice: no lo necesitas.
Se cubre la cara y me lanza un beso.

El tiempo es un tejedor que hace nudos a los años.

Luego llega un pájaro de papel
y me pide que escriba en sus alas.

La luna me causa mareo.

El futuro es una niña de cabellos negros
que hace rabetas y juega a los acertijos.

El sendero

LORENA AVIÑA

NICOLÁS INTENTÓ ARRANCAR LA CAMIONETA a pesar del frío. Después de diez intentos y media hora perdida, desistió y se dirigió al trabajo caminando. No llevaba el material, pero le diría a Ramiro que fueran por él una vez iniciado el turno, aprovechando las bondades de ser el yerno del encargado.

Adentro, en el único cuarto disponible después de abrir la tienda y la lavandería, Camila dormía aparentemente bien, pero sumergida en el mismo sueño que la acechaba desde la muerte de la tía Lucía: en el sendero del Cerro grande, junto a la cruz de cal alzada por las víctimas de los levantamientos del narco, Camila andaba apresurada mientras seguía la sombra de Lucía. Luego de cuatro vueltas inesperadas, Camila se perdía entre los arbustos y no podía ver nada más. Aparecían entonces cuerpos amorfos gritando nombres desconocidos, implorando a Camila que les diera algo, aunque no era comprensible qué. Estupefacta, intentaba correr despavorida lejos de ellos, pero siempre terminaba sumergida en un lago espeso e inquebrantable.

El cuarto B7 estaba infestado de cucarachas. Lo irónico de este pueblo, pensó Nicolás. Las telas llevadas la noche anterior estaban plagadas de sangre, comida y manchas coloridas con el sello impreso del motel Primavera, el que usaban los empresarios para el día de la secretaria. Luego de separar las sábanas por color, tamaño y tipo de manchas, se sumergió en sus labores monótonas por otro par de horas. Aunque era un trabajo pesado y sin futuro, se sentía en casa en él: podía faltar por compromisos familiares si lo deseaba. No podían negarle un asunto, un cumpleaños, un compromiso si se encontraba con la familia, soñada siempre por Camila y por su madre.

Al medio turno, recordó que había olvidado la herramienta para componer las cuatro máquinas detenidas. Se dirigió con Ramiro, su suegro, para pedirle una vuelta en la camioneta, pasar por la casa a desayunar y luego fumarse un cigarro con un sotol para aguantar la tarde. Al acercarse, notó que la buena suerte le sonreía: Ramiro tenía la ropa manchada de café y se notaba furioso, como si el derrame no fuera por un descuido suyo, sino por un tercero. Accedió de inmediato y, camino a la casa de Nicolás, platicaron un tanto de las bajas recientes y de lo difícil que era mantener a los clientes, cada vez más exigentes y con una competencia transnacional que probablemente los terminaría absorbiendo.

Al estacionarse, notaron algo mal en la casa. La tienda estaba cerrada y no se escuchaba trabajar a las lavadoras. Bajaron preocupados, aunque sin prisa, sabían que nadie se atrevería a entrar por la fuerza en la Casa grande. Un hedor fétido los recibió, proveniente de la sala, en donde Camila se retorció sobre su vómito, completamente desnuda, histérica ante el vacío que envolvía su vista. Nicolás la

 Fabián Parra, de la serie *Casas*



El síntoma es visual

tomó por la fuerza e intentó sentarla, pero Camila seguía yéndose al suelo, como si un pavor descomunal la envolviera con sólo acercarse al techo. Su boca estaba contraída en una mueca bestial, enseñaba los dientes hacia algo situado delante de ella, invisible a los otros, pero al acecho ante Camila.

Ramiro se persignó, tomó a Camila por las piernas y la arrastró por el pasillo que conectaba la sala con la huerta. Una vez sobre la tierra, la amarró al lavadero con la manguera del agua mientras Nicolás, perplejo, miraba la escena sin entender qué sucedía ni qué podía hacer en la situación.

—A tu tía Lucía no la mató el cáncer, la mató un diablo metido en los ojos —dijo Ramiro apenas terminó de atar a Camila.

—¿Un demonio?, ¿y qué se hace en estos casos?

—Esperarnos al padre, a mi niña la tenemos que matar, Nicolás.

Una hora más tarde, el padre Santiago corría junto a Rogelio por las calles del pueblo. Eran apenas las seis. Sin lluvia y sin el intenso sol acostumbrado, el horizonte se veía lúgubre, desanimado. Bajo las miradas curiosas de las ventanas, ambos apresuraban el paso para llegar con Camila antes del anochecer.



—No podemos perder tiempo. Al llegar, quiero que saques a Nicolás, lo cambies de ropa y lo mandes al cerro para que prepare las cosas. Tú te quedas conmigo haciendo oración y nos mantenemos firmes con eso, no importa lo que escuchemos. Ya sabes lo que pasó con Lucía. Una mirada al cielo y se nos contagia el demonio.

Camila gateaba por el piso con los ojos vendados. Nicolás le acercaba agua de cuando en cuando y le hacía saber que estaba con ella. Limpiándole el sudor de la frente, intentaba abrazarla, pero ella lo rechazaba cada vez que se acercaba. Luego de la espera, el padre Santiago y Rogelio llegaron aturdidos por el cansancio. En seguida le dieron la indicación a Nicolás de desvestirse, cambiarse por una ropa que no hubiera sido expuesta a Camila y salirse de inmediato de ahí. No podían permitirse su debilidad ni su indecisión. Lo vieron salir y comenzaron a desatar a Camila, quien seguía gateando alrededor del lavadero. Una vez suelta, la arrastraron en la camioneta de Nicolás, que sin el frío encendió sin dificultades, y la llevaron al cerro, ahí donde la tía Lucy había corrido despavorida luego de ver la hoguera a punto de encenderse.

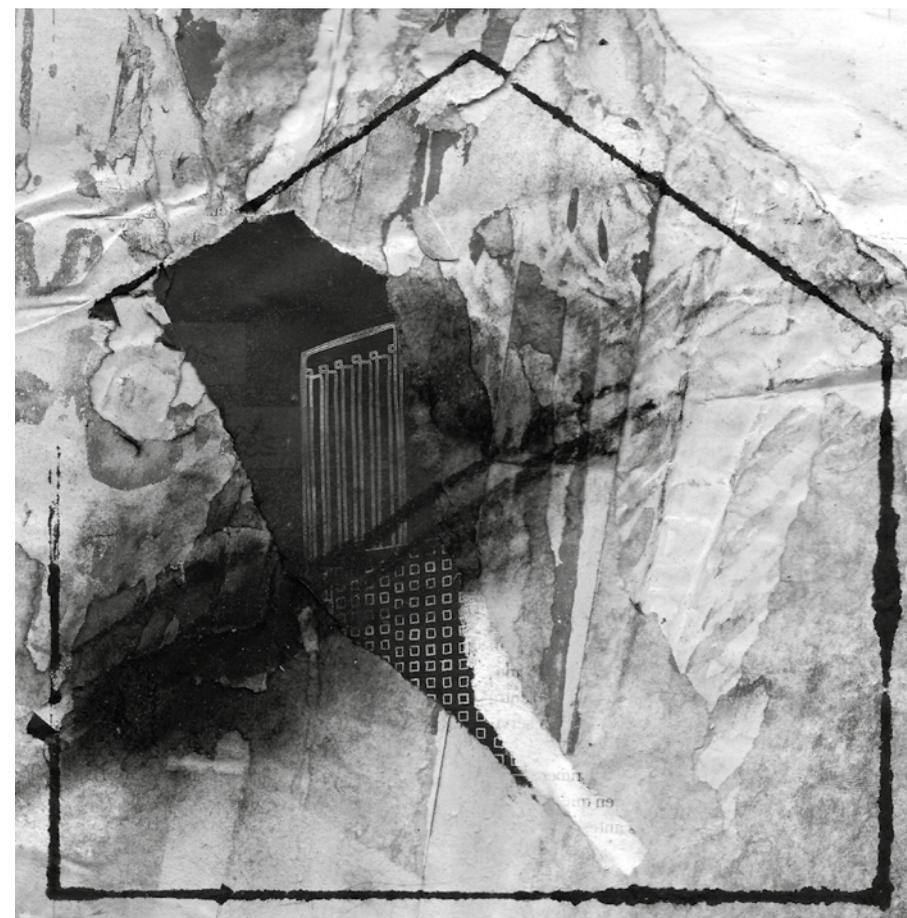
Camila gritaba: intuía a dónde la habían llevado; el olor de la tierra y el viento intenso en el cuerpo le avisaban, a ella, al otro, de su destino. Amarrada ahora a un árbol, se retorció para destaparse los ojos y sobrevivir a través de otra mirada. Nicolás, en cambio, ignorando las indicaciones de ambos, se había escurrido en la camioneta para acompañar a Camila. Aunque no la quería realmente, le había tomado un cariño

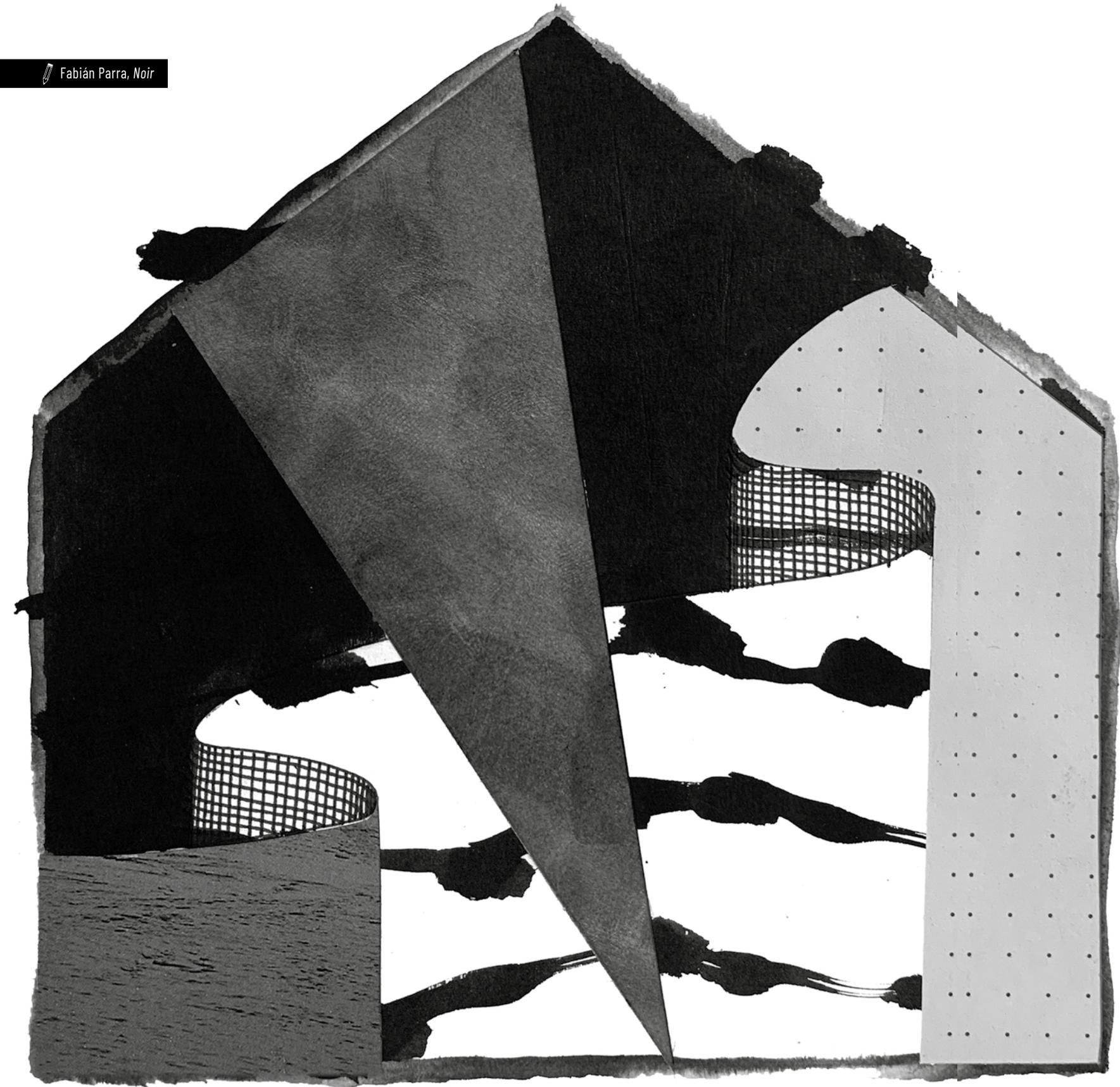


especial después de los tres años de matrimonio, además de la casa y el puesto que gozaba desde que firmara el contrato. Esperó largo rato escondido entre los arbustos y árboles que rodeaban la zona, pero no pudo evitar percatarse de que Camila sufría y se retorció, aunque él todavía no entendía por qué. Quería intervenir para desatarla y llevársela a otro lado, con su madre, quien seguro tendría una respuesta más coherente a todo esto.

El padre Santiago armaba la hoguera sin dudar, pero Rogelio, bañado en lágrimas, pedía perdón a Itzelita, madre de Camila, y a Dios, por lo que estaba a punto de hacer. El pueblo, sumergido en la noche, sólo veía la cruz de cal en el Cerro grande, que brillaba un tanto por la luz de la luna. Los cerros en Santa Eulalia eran famosos por su altura, que casi alcanzaba a las montañas. Decoraban el horizonte del pueblo como una corona sin brillo, empotrada sobre la tierra inamovible. Nadie vio a la mujer desvendada huyendo hacia el otro lado del cerro ni al hombre que, ahora ciego, se lanzaba al fuego encendido para acabar consigo; tampoco al padre ni a Rogelio lanzándose al vacío luego de enfrentarse a unos ojos sin nombre. **P**

Afuera, en la calle (vigilia)





Raíces hechas de noche



La situación

TEXTO Y FOTOGRAFÍAS DE OMAR CASTRO GUADARRAMA

—¿Eres de aquí?

—No, vine a vacacionar.

—Bonita época escogiste.

—Sí... Es mi primera vez aquí y no te negaré que tengo miedo.

—Tú a lo tuyo, no es contigo. Sólo después de las diez de la noche ya no salgas, hay toque de queda.

—Así lo haré... No saldré... No cesa el calor en la noche, ¿verdad?

—Ya debería de estar haciendo frío, pero no. Hasta la situación nos ha cambiado el clima.

—¿Y la gente tiene miedo?

—Más que miedo, la gente está... cómo te diré... la gente está tensa. No es que vayan tras de ti, es que te puede tocar y ahí sí valiste madres.

—Te toca y fuiste. Veo que la ciudad es bonita, me ha gustado lo poco que he visto. Ya llegué tarde.

—Sí, no te creas todo, somos más que eso. Porque es cierto, pese a quien le pese, a los de Michoacán y Tamaulipas, el narco siempre ha sido de aquí, toda la gente sabe y reconoce que es de aquí. El problema es que nos conocen sólo por ellos. Somos más, ve a los coches circulando. No queda de otra. Lástima que ahorita ni para recomendarte un antro, todos están cerrados.

Viajé de los Cabos a Culiacán, apenas 40 minutos dentro del avión y cruzando el Mar de Cortés se llega. En Los Cabos, clima de playa, no sentí tanto calor como en tierras sinaloenses. Le seguí diciendo a Juan Oswaldo —conductor de Uber— mi impresión:

—En serio, me sorprende que no baje el calor.

—La verdad es que está caliente. En las mañanas sí pongo el clima, cierro las ventanas y está fresquito, pero por la situación, como traigo polarizado, en las noches las mantengo abajo. Mejor así, que nos vean.

Juan Oswaldo me contó que el “suchi” culiacanense es “monchoso”.

—¿Qué es monchoso?

—Es... cómo te diré... todo bien atascadote. Que se desborde todo, le ponen de todo. Es el alga y el arroz relleno de lo que quieras, le ponen queso, camarón, queso derretido, encima tocino y pueden seguir y seguir. Eso es lo monchoso, aquí nos gusta todo así. Hasta las mujeres. Mira, en el trabajo vamos a pedir suchi, así es. Juan Oswaldo me enseña su celular.

—Y me lo tomo con una chela.

—No, ese tómatelo con un té bien helado.

Llegué a mi hotel y Juan Oswaldo se despidió de mí. Eran cerca de las 19 hrs., me siento en una banquita de

la avenida Álvaro Obregón, justo enfrente de un gimnasio. Los culichis suben y bajan en la caminadora, hacen pesas, mientras los autos circulan a velocidad. El viento expide un aliento a caucho, sudor y pólvora; la situación ha modificado hasta el clima. Tenía miedo, aunque no pasaba nada. Era un temor solitario, a lo instantáneo, a lo repentino.

La noche cae y amanezco en el centro de la ciudad, camino hasta el mercado Gardmendia y veo cómo la gente se arremolina al calor de una birriería. Sólo hay dos tamaños, grande y chico. Elijo el último —todo aquí es monchoso, recuerdo—. Me siento en un lugar muy culichi, junto una señora de edad y enfrente de mí distintos señores con sombrero. Son las 9 hrs., un trío de norteños comienza a tocar, a la par que me preparo mi birria con cilantro, cebolla y unos limoncitos, y la señora me lanza una tortilla de maíz recién hecha que se desinfla namás al llegar junto a mí. Ignoro completamente la letra de la canción, la guitarra me acompaña en el primer bocado y sonrío, estoy en México, en uno de los tantos que hay.

La cercanía de la gente, sentada una al lado de la otra, pidiendo comida, sus aguas de jamaica y de cebada. Los platos vuelan en el puesto, nunca hay un asiento vacío, apenas se desocupa uno y alguien más se sienta. Todo me habla de una situación ajena, distinta a la que plantean en las noticias. Yo mismo prefiero contarme esa historia. Ambas, aunque no haya visto de cerca “la situación”, ocurren, distintas pero sincrónicas. Recuerdo la canción de Lupillo Rivera “50 mil rosas” basada en la muerte de un hijo de Joaquín Guzmán Loera. El 8 de mayo de 2008, el capo pidió 50 mil flores para honrar la memoria de su hijo Édgar Guzmán López; fue tanta la demanda que no fue posible resurtir el producto, ese 10 de mayo las madres de Culiacán no tuvieron un ramo. A 16 años del suceso, sobre la avenida Domingo Rubí vi una gran cantidad de flores, más de 50 mil, entre ellas, rosas.

Dicen que hay grupos de WhatsApp donde avisan en qué colonias la situación se pondrá peor.

Oigo que es como una tómbola, que cada mañana sacan el papelito que marca el siguiente objetivo.

Me dicen que no salga solo, que es peligroso, que “la situación” puede llegar en cualquier momento.

Dejan sombreros o cajas de pizza sobre los cadáveres como muestra de quién lo asesinó.

Me aseguran que las mañanas son peores que las noches, porque en esos momentos se encuentra todo lo que sucedió.



En mi segundo día, en la noche, me llevan a la taquería Don Seve. De su fogón sale una luz que ilumina por completo los andamios de una construcción. Los tacos del callejón, así también les dicen. Pido dos de asada y una horchata para compartir con Naomi. En el primer bocado se me ilumina la mirada, pienso que estoy en una sesión privada entre el taco y yo. Tomo la salsa y pruebo un poco, los culichis que atienden siguen chambeando. Veo que piden una quesadilla y me ilusiono de nuevo.

—Una de harina con todo —le digo al mesero.

Cada tanto el taquero le dice “carne” a su compañero, éste saca de inmediato un trozo grande de asada que le avienta sobre la mesa y el taquero procede a tasa-jearla con su hacha. Me quedo embobado viéndolo, como si fuera un espectáculo maravilloso, mientras, al lado mío, Naomi le da notas a un actor de la ópera que están preparando. Mi vida se detiene en el momento en que el filo toca el filete y se armoniza con las campanas de la catedral que, según me dijeron, suenan como las de Londres.

Sale mi quesadilla, sujetada por la mano del taquero y puesta en mi plato. Me alegro. La veo incrédulo, es gigante. No, es monchosa. Tal vez fue mucho, tal vez tenía que pedir menos. Le pongo salsa y la sujeto con ambas manos, la muerdo. Se desvanece el miedo, la incertidumbre y no oigo más que mi propio sonido al masticar repicando igual que las campanas.

Ahora sé que la situación es un ente que se materializa cada tanto en Culiacán, llega sin avisar y no se detiene, pero no es omnipresente y no es contra nosotros.

He dado un tour por tres bibliotecas: la del archivo histórico del gobierno de Sinaloa, la municipal de Culiacán y la central de la Universidad Autónoma de Sinaloa (UAS). Las dos primeras están vacías, casi desprovistas de gente. La municipal queda justo en la plaza de la catedral, debajo del quiosco. Encima, sobre la barda perimetral de la iglesia hay murales de memoria y anuncios de búsqueda de los desaparecidos en Culiacán. No sólo por la situación actual, sino por todo lo que ha sucedido. En algunos árboles y sobre las bancas cuelgan listones que simbolizan a las personas que ya no regresaron a casa.

Sobre el mural se lee:

Perdón por no haberte abrazado más fuerte. Pensé qué te volvería a ver.

- 2 de noviembre. Enfrente de la catedral hay altares por el día de muertos. Fotografías nuevas de desaparecidos y desaparecidas, víctimas de feminicidios y asesinatos.
- 6 de noviembre. Sobre los postes de la avenida Álvaro Obregón, en especial, frente al palacio municipal, hay fotografías de desaparecidos. Desde 2008 hasta ahorita.
- El 7 de noviembre una niña le preguntó a su papá: “¿Qué es eso?”. Él le dijo: “Son fotografías de gente desaparecida”.

Al llegar a la biblioteca central de la UAS, ni siquiera me he sentado y me invitan a oír la explicación del altar de muertos. Es 31 de octubre, cuando los muertos vuelven a abrazar a sus familias, y desde el inframundo llega un aire cálido que se siente por las noches. Reúnen a los estudiantes alrededor del altar. Comienzan a describir los elementos, el aserrín, los colores, la comida. Hablan de una tradición que se ha mantenido años, dicen que las fotos son de trabajadores y familiares de los bibliotecarios.

En el centro y hasta arriba está la foto de Héctor Melesio Cuén Ojeda. No lo conozco. La expositora, una estudiante, cuenta su trayectoria en la Universidad como director de una facultad, rector de la universidad, así como en la política fue fundador del Partido Sinaloense y presidente municipal de Culiacán. Por último, menciona la causa de su muerte: “Lamentablemente, fue asesinado hace 50 días por la situación que se vive aquí en Culiacán”. Los estudiantes guardan silencio.

El 25 de julio ocurrieron dos hechos que comenzaron “la situación”, Cuén Ojeda fue encontrado muerto en el mismo rancho que secuestraron a Ismael “El Mayo” Zambada. La educación, la política y la situación en un mismo punto.

El rancho queda a 14 kilómetros de la Ciudad Universitaria de la UAS.



- El 7 de noviembre fui a la casa de la cultura de la UAS, en su interior había varias ofrendas, una dedicada a Cuén Ojeda

En un impulso compré mi vuelo a las 3 am para volar a las 11 am. Decidí alcanzar a Naomi en Culiacán. Ella está preparando junto a mucha más gente el montaje de la ópera *Romeo y Julieta* de Charles Gounod. La producción es de la Sociedad Artística Sinaloense, en la dirección musical está Enrique Patrón de Rueda —festejando sus 45 años de trayectoria— y en la escénica Daniela Parra. La situación ha trastocado toda la organización e incluso el horario tradicional del teatro, la noche ya no es una opción, la ópera comenzará a las 16 hrs. Un alivio, luego de tres horas de función, la gente podrá salir antes del toque de queda.

En Sinaloa, la historia de la ópera no podría ser más actual. Los Montescos y los Capuletos enfrascados en una riña familiar que conlleva al asesinato, muerte y violencia



de sus integrantes. Inmediatamente recuerda a “la situación” que se vive en la lucha entre “Los Chapitos” y “Los Mayitos”. Una coincidencia que trasciende el arte para llegar a la vida cotidiana.

- Las tres funciones fueron del 14 al 16 de noviembre en el Teatro Pablo de Villavicencio. Las butacas no se llenaron.
- En Mazatlán, el 21 de noviembre, tuve la fortuna de ver *Romeo y Julieta* en el Teatro Ángela Peralta. Al final del tercer acto, luego de la muerte de Mercucio y Teobaldo, el coro levanta unas pancartas que sólo dicen “Paz”. Una ópera que protesta y entiende su situación.

Antes de irme a Culiacán, en el desayuno, mi madre me dijo:

—Pero ten mucho cuidado.

—Sí, lo tendré.

Nunca la había visto tan asustada y preocupada, me transmitió de inmediato inseguridad. Sentí cómo el miedo subió por todo mi cuerpo.

—Prométeme que no te vas a exponer, ni a ti ni a Naomi.

—Sí, te lo prometo.

Salí de mi casa en el Estado de México con rumbo a Los Cabos para llegar a Culiacán; desde ese momento, sin saberlo, “la situación”, aunque no la conocía, comenzó a ser parte de mi vida.

Momentos antes de que la noche caiga, en la UAS los estudiantes siguen riendo. Hablan de profesores, anécdotas, sobre “cosas” que han pasado por la situación. Desde mi lugar, parece como si realmente no pasara nada. El clima de Culiacán es muy parecido al de una playa, por lo menos a finales de octubre el calor evapora el agua de los ríos que la rodean. Surge, entonces, un aire vaporoso que sofoca a pleno sol y que refresca en la sombra. Debajo de un árbol, sentado en el pasto se antoja una realidad distinta. Más cercana al disfrute que al temor. En su desmadre truenan un cohete... Me agacho... Temeroso volteo y los estudiantes se ríen.

Antes de llegar a tierra culichi, me regalaron boletos para ver a Fuerza Regida en la Plaza México. A cientos de kilómetros de distancia, en el corazón de la CDMX, los aficionados ciudadanos de los corridos tumbados gritaban al unísono las iniciales del capo mexicano: JGL! En la noche, las iniciales de una de las figuras centrales del narcotráfico en México sonaban, casi como un salmo en una iglesia gigantesca. El padre predica y los fieles predicán. Ellos no temen ser levantados ni tienen miedo por los tiroteos, sólo cantan sintiendo las letras como suyas.

A pleno rayo del sol, en el centro de Culiacán, sólo suena regional mexicano y se evita nombrar a los protagonistas del conflicto. Cuando se habla de lo que sucede sólo dicen “la situación”, no quieren que nadie los escuche. El miedo a decir algo de más y sufrir las consecuencias es constante.

“Culiacán está caliente”, 35° que pegan directo sobre los ríos Tamazula y Culiacán. “Por gobierno también por la gente”. El sol hace que todos se resguarden en la sombra. “Nadie quiere compartir billete”. Todos aprovechan cada minuto del día. “Y todo lo quieren clavar”. En la noche, nadie sale.

No salí del centro. El primer cuadro de la ciudad fue mi hogar.

Lo más lejos que llegué fue a la Lomita, una iglesia ubicada casi en la misma avenida del hotel. Arriba se ve Culiacán tranquilo. Por la mañana circulan los autos. Los elementos de la Guardia Nacional llevan la torreta montada, cubiertos de pies a cabeza; y al igual que la estatal van en convoyes de tres patrullas. Por lo menos 15 elementos. El ejército también está aquí.

Viendo por lo alto a toda la ciudad me imagino una condición distinta. Culiacán es más de lo que cuentan. Un sitio en el que convergen múltiples culturas que se han mezclado. Están orgullosos de su tierra y lo local se siente en cada platillo. El suchi, la asada, la birria, la Panamá, la tripa, los burritos, la machaca, los ceviches, las tostadas, el pescado, la cebada, el Jaztea, la comida china. Una calidad culinaria que es un escaparate de delicias. En estas tierras la comida es santa, local e increíblemente buena. Una tierra rica, por eso no la sueltan.

Sin ruido se ve Culiacán. Una capital que engloba más de lo que dicen. Una ciudad que de cerca vive cada instante y te acoge con un cariño singular. No niego que “la situación” existe y que impacta directamente a los culichis, apenas he visitado la ciudad pocos días y en una zona relativamente segura. Mi voz no es autoridad para hablar de las condiciones actuales, en cambio, considero que mis impresiones sobre la ciudad son otras. No sólo se trata de lo que cuentan, sino de lo que se vive. Una población que trasciende y está orgullosa de su estado.

No oí ningún corrido tumbado,
ni vi una troca gigante,
ni escuché ningún disparo,
ni me topé en la noche con la situación. 📍





[El primer trazo]

GIOVANNI RODRÍGUEZ CUEVAS

El primer trazo de la noche
es él
con sus piernas de mezclilla

guiado
por roedoras frentes
camina y rompe
el pabellón nocturno
como si el sol mandara
un hijo
para guiarnos el desvelo

los aquí reunidos
esperamos
románticos, estúpidos
su sonrisa:

error

de labios
tiene un capullo
y no gasta
líneas expresivas

bastan sus ojos
hierven penetrantes

apuntándote
cañón,
apuntándote

violencia
coge nuestra alma
nos hunde la semilla
del menosprecio

nos pone desnudos
sentirnos poquita
cosa
ante un rockstar
chaqueta
negra
cuero negro
temerosa
nuestra piel
temblo(rosa)

una erección
en respuesta
al estatus sumiso
¡carajo!
nos excita pensar
en el tono
rosado
que brotará
de la mezclilla estéril

deseo,
deseo creciendo
derramándose,
fuga la boca
pirotecnia de apetitos
nosotros,
fósforo en el aire
dispuestos al hambre

hambre
como quien baja un cierre
y se come un hombre



Camile Jerez, *Historia de viajes pasados*

Noches Amargas

DIEGO MONTOYA

LOS CRISTALES DEL TAXI llevaban ya algunos minutos empañados. Desde las ventanillas de los asientos traseros, Ema y Celeste entreveían el desastre, oían la lluvia constante y podían adivinar cómo aquellas siluetas bordeaban encharcamientos y goteras antes de sumergirse en los túneles malolientes del metro donde ya se asomaban las aglomeraciones de cuerpos húmedos.

Eran mis compañeras, que esperaban en un silencio cada vez más profundo. El taxista las había dejado solas en ese Tsuru viejo mientras él salía a buscar su cambio en los puestos de las inmediaciones. Estaban a oscuras y lo único que iluminaba sus rostros era la luz en extremo blanca de la pantalla digital del tablero que contrastaba con los interiores y la carrocería maltrecha.

El encanto que les produjo escuchar los éxitos de *Peso Pluma* en su trayecto comenzaba a desvanecerse cuando el modo aleatorio prefirió los sonidos más desgarrados de Julián Álvarez. Los trombones envolvían su impaciencia. Cuando intentaron pagar, el chófer recibió el billete con una mirada y una mueca que venía a indicarles algo como “qué despropósito pagar dos pasajes con un billete cuyo monto es una absoluta rareza en estos sitios”.

Le vieron salir resignado y dirigirse al puesto de tacos más cercano, a sólo unos metros de distancia del taxi, tras lo cual lo perdieron de vista. En el taxi sonaba la canción “Noches Amargas” de Julián Álvarez —eso lo recuerdan porque vieron el título en la pantalla— y ni el taxista ni su cambio regresaban. Las dos recuerdan la iteración de ese verso —“Sí, me agüitaba, ¿pa’ qué lo niego? Tuve noches amargas”— porque comenzaron a pensar que, ahora sí, la noche era verdaderamente oscura.

Fue en ese preciso momento —reconocieron las dos al día siguiente— que pensaron que todo eso era una emboscada. Ya comprendían todo lo que había pasado, se las había cargado la chingada, reflexionaron. Era la

forma típica en la que comenzaban las malas noticias, la historia de otras dos desapariciones en México, cuyos últimos momentos serían captados sólo por las cámaras de seguridad de un tianguis.

Y es que ese temor compartido se debía en parte a que habían visto una noche antes una película —muy mala, me aclararon antes de que quisiera preguntar el título— donde dos muchachas se pierden en alta mar y son rescatadas por un marinero que no sólo es guapo, sino que también tiene el oficio de ser un bronceado y musculoso traficante de órganos. Sucedió en esa película que las dos protagonistas buscan escapar en condiciones adversas, lastimadas, sedientas y, por decisión del director y del educado público, en bikini. Quizá las cosas afuera del metro Tacubaya serían distintas, o quizá no. Intuían en silencio un problema inminente: el hombre no regresaba y si regresaba alguien, quizá no sería él, sino alguien más, un par de chicos que las sacarían a punta de pistola.

Cuando se desvanecía la expectativa de regresar a casa y poder reposar bajo la lámpara de luz amarilla, dentro de su departamento pequeño pero seco, pudieron ver la silueta del taxista emergiendo del parabrisas. Iba con pasos cortos y apurados para regresar su cambio con la exactitud y la experiencia de un hombre acostumbrado a cumplir sus arduas obligaciones.

Entraron entonces al metro, donde pudieron ya reírse de sus elucubraciones nocturnas y desde donde me comentaron por mensajes las cosas que les sucedieron esa noche que pensaron amarga y que escribo aquí de manera lo más imparcial posible. **P**



Lo que perdimos en la noche

DAVID PICHARDO

Inextinguible la noche

Inextinguible la noche
en que intentamos pelear nuestro destino

habrías podido hacer brotar ciclamores de los pliegues de mis manos
y enraizar mis dedos en el calor de tu garganta

si hubieses querido

pero no fuimos en tanto quisimos ser nosotrxs
sucede que el tiempo / los golpes
la soledad / el abandono

era tan frágil la dicha que nos sostenía

era tan frágil la noche que nos sostenía
y sin embargo
para mí no ha amanecido

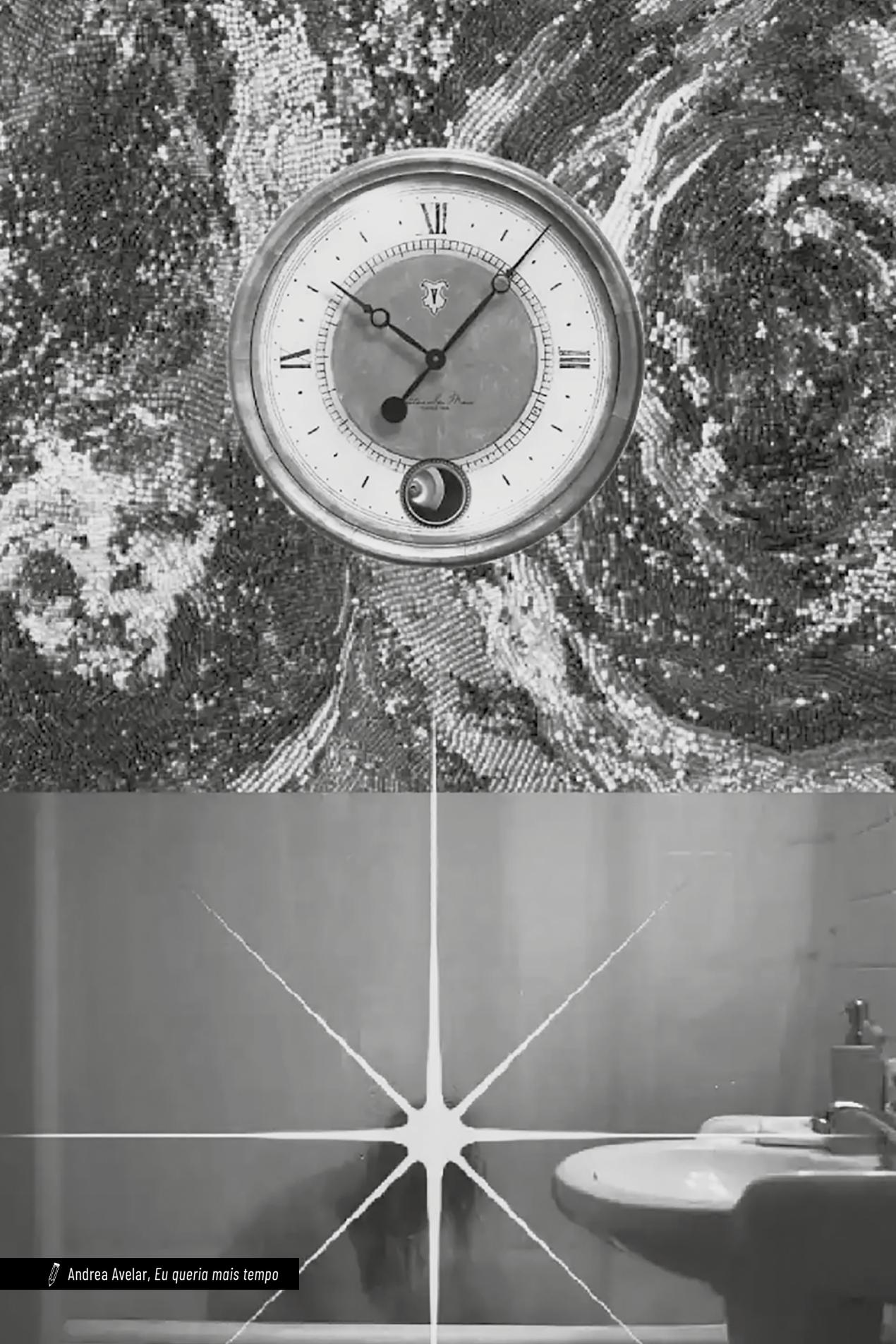
Dócil

El mensaje de mi jefe
a la media noche
recordándome que la vida duele
y es difícil
mantenerse vivo
Entonces pensé
que debí haber ido a tu casa
cuando pude aquella noche de abril
en el bar frente a las jacarandas
cuando subiste esa historia
y tu mirada decía
la noche es un caballo salvaje
y pensarte
dolía
como el granizo sobre las jacarandas
pero
como el granizo sobre las jacarandas
me mantenía vivo

Nezahualcóyotl

La noche en que una bala
atravesó el techo de lámina
y cayó a un centímetro
de mi hermana
Algo me obligó a pensar
que de alguna manera
ese evento marcaría
un antes y un después
en ella
algo así como repensar su vida
regresar a la pintura
o cuestionarse su existencia

La realidad fue
que taparon el orificio con silicón
y ella sigue levantándose
a las seis
para ir al trabajo



La noche por adentro

MIGUEL MONTAÑO MONTES

EMPECÉ A DORMIR DE DÍA y a levantarme cuando ya no había luz, por eso no me di cuenta cuando se me empezó a meter la noche por los ojos. Mi transición a la vida nocturna fue gradual y no deliberada; sencillamente dejé de tener alguna buena razón para exponerme al bullicio y al ajetreo diurnos. Durante el día mis pensamientos tendían a ser abrumadores y caóticos. Pensaba en mi exnovia que se fue de la casa hace meses porque ya no me toleraba, en mi madre enferma a la que no tengo el valor de ver, en mi desempeño laboral cada vez más mediocre, en los consecuentes reproches y en la culpa que me provocaba mi desinterés por todo esto. Sólo encontraba paz en el silencio y la soledad de la noche.

Los muebles y las cosas que se amontonaban en mi departamento, que de pronto me parecía enorme, comenzaron a intimidarme, igual que la luz del día. Me acecharon y acorralaron hasta que mi espacio seguro se redujo a mi habitación y, aún más, a mi cama. Requería un esfuerzo importante aventurarme a la puerta de entrada para recoger la comida que pedía a domicilio. Incluso bañarme o levantarme a cagar resultaba fastidioso.

Me terminé de convencer de que el día no era lo mío. Persuadí a mis jefes de que me permitieran trabajar desde casa. Después de un par de meses ya no les pareció y me corrieron. Ni siquiera pasé por el cheque de mi finiquito. Tenía ahorros decentes y gastos exiguos; podría sobrevivir, al menos unos meses, sin mayores inconvenientes.

Cubrí todas las ventanas y evitaba prender las luces. Cuando sentía que el sol empezaba a calentar el departamento, me tapaba con las sábanas hasta la cabeza y me hundía en un profundo sueño. Me despertaban los ladridos de los perros que salían a buscar comida en la basura de la calle en la madrugada, los cuetes que echaban los niños cuando había feria o los gritos de mis vecinos de arriba que casi siempre se peleaban antes de irse a la cama. Eventualmente todos se callaban y yo me quedaba arropado por una agradable y unánime penumbra.

La noche se me empezó a meter por el contorno de los ojos. Lo advertí por primera vez mientras miraba mi rostro en el espejo del vestidor. Al principio pensé que sólo estaba encandilado por la luz que tuve que encender para poder cambiarme de ropa; pero no, mi campo de visión estaba notoriamente disminuido, como si estuviera observándome a través de un tubo estrecho. Me froté los ojos, intenté abrirlos mucho, pero todo fue inútil. La noche ya había consumido mi visión periférica. Apagué de nuevo las luces y me tranquilizó no poder distinguir si tenía los ojos abiertos o cerrados.



Casi había olvidado ese incidente cuando tuve que prender otra vez las luces para caminar hacia la cocina y me di cuenta de que ahora mi visión era apenas un puntito luminoso, como una perforación hecha con un palillo en el manto negro que cubría mis ojos. Accioné con desesperación el interruptor de la electricidad, pensando que podría tratarse de un defecto en los focos, pero únicamente veía parpadear como un estrobo el puntito de luz que tenía frente a mí. La noche había consumido casi por completo mis globos oculares. Regresé a mi cama tropezándome y a tientas. Me acosté boca arriba y sentí que la noche se empezó a escurrir como un fluido

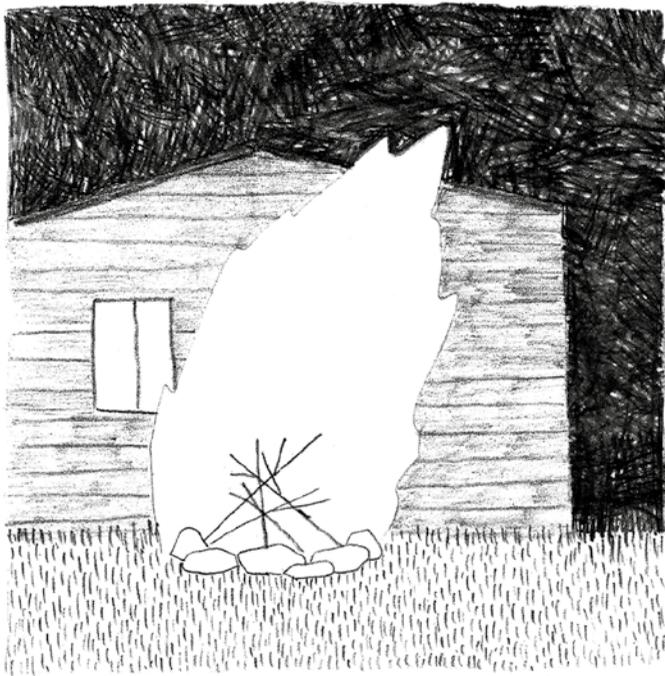


 Andrea Avelar, *No puedo dormir*

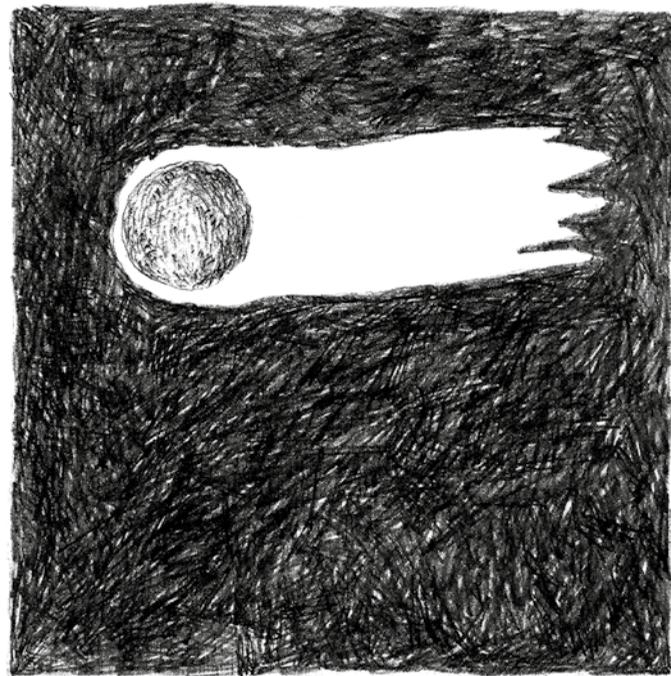
desde mis ojos hacia mi nuca, y se asentaba en mi cuello para empezar a bajar por mi garganta.

La noche que me rodeaba y me cubría me hacía sentir tranquilo y seguro; pero la noche por adentro de mi cuerpo se comenzaba a sentir como un vacío que ocupaba el espacio de mis órganos y me dejaba hueco, incapaz de experimentar dolor o alegría. Decidí que tenía que sacarla.

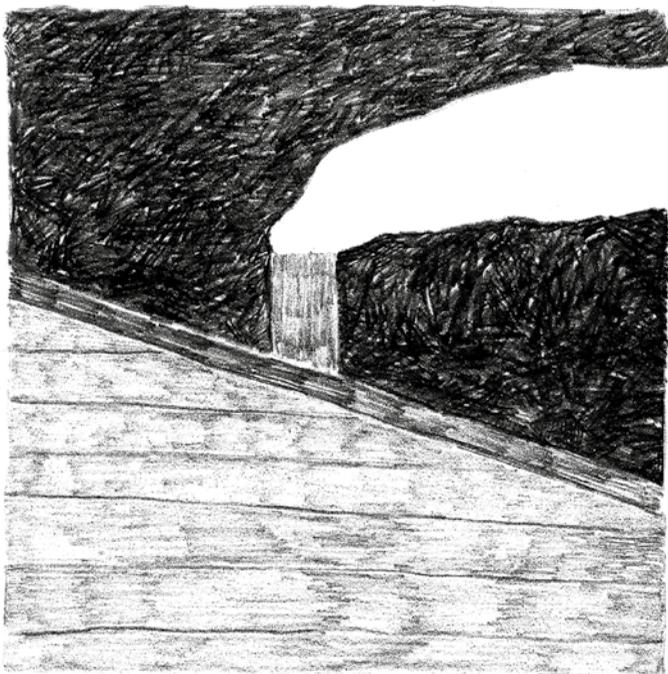
No sé cuántas horas o días estuve acostado pensando cómo sacarme la noche del cuerpo. Sólo recuerdo que la solución se me presentó de súbito como una obviedad que ejecuté de inmediato y sin reflexionarlo demasiado. Me incorporé y caminé, extendiendo mis brazos para no chocar con las paredes, hacia la cocina. No me molesté en prender las luces. Sabía que la noche por adentro de mí repelía la luz y me había dejado virtualmente ciego. Ya en la cocina busqué a tientas los cajones; abrí el que estaba buscando y saqué el cuchillo más filoso que tenía. Con cuidado lo coloqué en la base de mi globo ocular izquierdo y lo saqué con un movimiento de palanca. Repetí la operación con el derecho. Apenas sentí algo de presión e incomodidad, no dolor; la noche había dejado mis ojos insensibles. Con las gelatinas que antes habían sido mis ojos colgando hasta mi barbilla, busqué el lavabo y me incliné hacia él. Sentí cómo la noche chorreaba poco a poco y se salía de mi cuerpo. Luego busqué la ventana más cercana y recorrí la cortina. Era de día. Sentí el calor en mi rostro y lo levanté hacia el cielo. Con las cuencas de mis ojos vacías pude ver las nubes con más nitidez que nunca. 



un fuego en mi patio
mi corazón



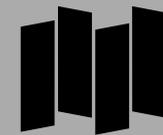
un fuego en el cielo
mi corazón



un fuego en mi casa
mi corazón



un fuego en la tierra
y en mi corazón



CARRUSEL

HEREDADES

SARAH KANE: UN INSTANTE DE CLARIDAD
ANTES DE LA NOCHE
GULY MILLER

ENTRE VOCES

ENTREVISTA CON FABIO MORÁBITO
ALEJANDRO ARRAS

BAJO CUBIERTA

ALGÚN DÍA, EL SUEÑO
SANDRA OLMO

PÁNICO O PELIGRO DE MARÍA LUISA PUGA
KAROL NAYELI ROJAS



Sarah Kane: un instante de claridad antes de la noche

GULY MILLER

TODO COMIENZA CON UN TEATRO casi vacío durante el invierno, hace exactamente tres décadas. “Sarah Kane (Brentwood, Essex, 1971). Dramaturga y directora teatral. Bachelor en Drama por la Universidad de Bristol y M.A. en Escritura Dramática por la Universidad de Birmingham. *Blasted* es su primera obra de teatro”. Seguramente esto es lo que se lee en el programa de mano de aquella primera temporada tan corta, tan poco exitosa y sin embargo tan mediática. En esta historia hay una Sarah Kane de 23 años que, sentada en una butaca del Royal Court Theatre, noche tras noche, observa su creación y se siente frustrada por la mala interpretación de las críticas que después leerá en los periódicos: “apología de la violencia”, “personajes planos”, “brutalidad injustificada”, “una pluma más en la generación del *new brutalism*: dramaturgos jóvenes que quieren provocar, pero que carecen de las herramientas técnicas para lograr su cometido con inteligencia”. Noche tras noche escucha el eco de un teatro semivacío y siente rabia por la doble moral del público, expuesto a ver cosas peores en la televisión, el cine, los periódicos y, sobre todo, en la vida.

Aquella obra tan escandalosa, *Blasted* (*Devastados*), trata sobre Ian y Cate. Sobre su relación desigual y abusiva. Él es periodista, cuarentón, tiene cáncer y está metido en la mafia. Ella es joven, ingenua, quiere terminar la relación. Pasan la noche juntos en un cuarto de hotel y, durante la noche, él la viola. Después ella se va y estalla una guerra. Con este hecho Kane trae el afuera, una guerra que parece lejana e imposible en un lugar como Leeds, Inglaterra, al adentro, a la intimidad de una habitación de hotel donde Ian es capturado por un soldado. En su cautiverio, este personaje, el militar,



tortura y viola a Ian. Cuando el soldado por fin se va, tiempo después (no se sabe cuánto), deja a Ian ciego y moribundo. Cate regresa, sólo para darse cuenta de que debe ayudarlo a morir. Es una historia cruda, brutal y explícita, la crítica londinense lanza pedradas contra la autora y contra el texto, pero ni el acto más terrible en la obra se compara con lo que pasa —por ejemplo— en la Yugoslavia de 1995, año en que se estrena *Blasted*. ¿Por qué ese horror, el del mundo, iba a quedarse fuera del teatro?

Después de las butacas vacías y el invierno, vino la luz. En 1996 Sarah Kane escribe *Phaedra's Love* (*El amor de Fedra*), en la que retoma los temas más importantes que trabajó en su debut. Sus recursos, sin embargo, cambian: mientras que en *Blasted* se permite dislocar el espacio y tiempo, en su segunda obra —realizada por encargo— se mantiene más tradicional en cuanto a los recursos técnicos. Aun así, Kane busca la forma de subvertir no desde la forma, sino desde el fondo. Para la escritura de este texto se inspira en la versión trágica de Séneca, pero modifica el tratamiento de los personajes. En las versiones clásicas del mito griego (*Hipólito* de Eurípides y *Fedra* de Jean Racine), Hipólito rechaza a Fedra por ser su madrastra, una mujer mayor y casada con su padre, Teseo. En aquéllas, Hipólito es un hombre moral y consciente; sin embargo, el tratamiento de Kane aborda el amor hacia un hombre que no es ningún modelo de virtud y carece de sentido moral. En *Phaedra's Love*, Hipólito está deprimido y pasa todo el día encerrado en su cuarto, mirando la tele, comiendo chatarra y masturbándose. Después de que Fedra le practica sexo oral, termina por darse cuenta de que él nunca le podrá corresponder; ese amor la abrasa y de lejos la habría alimentado, pero de cerca la devasta y la deja sola, ridícula y vulnerable frente al mundo. Por eso decide irse y denunciar ante el pueblo que Hipólito la violó, y después de eso se quita la vida. Al enterarse, Hipólito tiene un momento de claridad, como si la muerte de Fedra lo sacara de su letargo y lo hiciera sentirse vivo. Pero es tarde: la gente va tras él para vengar a Fedra, y ese roce con la muerte le da sentido a su existencia.

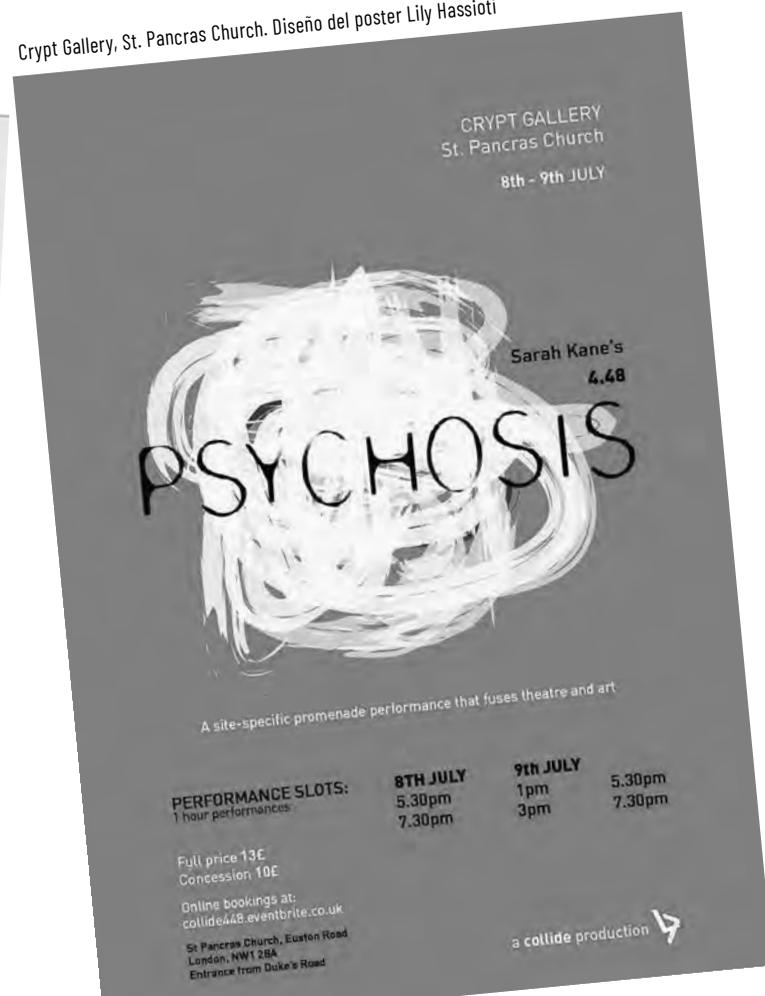
Bajo la luz, en medio del suelo, brotó un girasol. Para escribir *Cleansed* (*Purificados*), obra de 1998, Sarah Kane opta por hacer un texto simbolista que, igual que sus trabajos anteriores, explora la violencia y la redención/perdición que hay en el amor. La obra trata de tres parejas que aman y sufren por ello. No es el ser amado, sino el sistema —representado por otro personaje— quien los castiga y los tortura por el amor que sienten. El amor los destruye, los deteriora, los despoja. Éste es *leitmotiv* de la obra de Sarah Kane, quien escribió *Cleansed* motivada por un texto que resonó con ella y con el cual se puede entender toda su bibliografía: *Fragmentos de un discurso amoroso* de Roland Barthes. El amor y la guerra —dice Barthes— son experiencias pánicas, extremas y destructivas. Cuando se ama, uno se proyecta tanto en el otro que, si desaparece el ser amado, es imposible para uno recuperarse, volver a ser el que fue. Con esto en mente, Kane escribe escenas llenas de dolor, pero también cargadas de esperanza, intimidad y deseo. Escenas que son metáforas de esta experiencia extrema de la que habla Barthes y que nos llevan a un mundo a ratos sanguinario, a ratos luminoso. El desafío es llevar los símbolos del texto a la escena: representar, por ejemplo, que del suelo brota un girasol o que se debe cortar una lengua. Es con *Cleansed* que Sarah Kane cuestiona qué otras estructuras, qué otras herramientas se



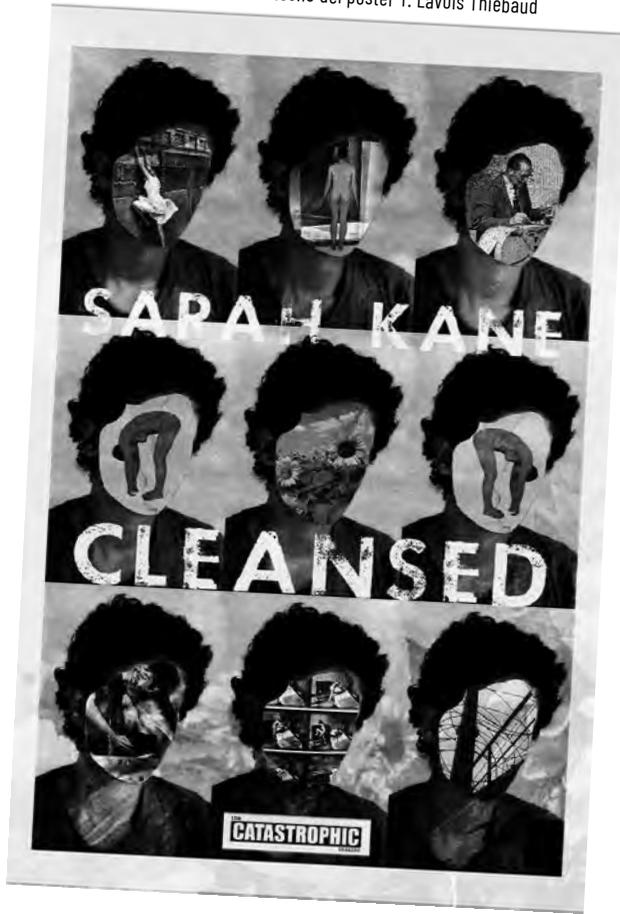
pueden utilizar para escribir teatro. Y al hacerlo, el público que antes la criticó abraza su escritura y acepta que el amor puede ser un girasol en medio del cuarto.

Me imagino el salón de ensayos, con cuatro actores y Sarah Kane, libreta en mano, escuchándolos atentamente. Lleva el ritmo. Corrige. Reescribe. Hasta que los diálogos son río que fluye. Me imagino un espacio vacío, iluminado por una pregunta. ¿Es posible ser poeta sin dejar de escribir teatro? Veo cómo los personajes, la trama, los lugares, los acontecimientos lineales y causales, aquello que conforma a una obra dramática, le estorban. Entonces, radicalmente, sólo conserva lo mínimo, lo primigenio: la voz, el ritmo, la musicalidad de las palabras. Kane teje cuidadosamente un texto que explota en referencias, en imágenes, en sensaciones. Aun así, fieles a los intereses de la autora, estas voces enuncian toda la oscuridad que las conforma, el amor más profundo que sienten. En este texto las voces son sólo letras, ni siquiera tienen nombre. Lo que dicen se presenta en fragmentos, imágenes rápidas, historias interrumpidas. Rompecabezas o acertijos que quien escucha debe armar. Un *collage* polifónico e intertextual, que dialoga con poemas, letras de canciones, fragmentos de otros monólogos. Sarah Kane escucha, borra, reescribe, sin saber que roza con los dedos las fronteras entre la música y la poesía, y que fractura la vieja escuela del drama y erige una nueva forma de escribir teatro.

Crypt Gallery, St. Pancras Church. Diseño del poster Lily Hassioti



The Catastrophic Theatre. Diseño del poster T. Lavois Thiebaud



Kane titula a este experimento *Crave* (*Ansiar* o *Ansiar*) porque está cansada de repetir formas que ya usó anteriormente. En este texto, pariente de *La tierra baldía* de T. S. Elliot —el detonador para esta exploración dramática—, Kane deja de mirar al mundo y hunde la vista hacia su interior. Descubre en su intimidad algo poderoso, nuevo e irreplicable. Algo que la crítica celebraría en *Crave* y que se aviene a la escritura posdramática: una historia dislocada; voces, no personajes; experimentación con la musicalidad de las palabras y su ritmo; tiempos o espacios indefinidos; lo fragmentario y la apropiación. Se trata de un texto que propone ser completado y complejizado en la escena.

El 20 febrero de 1999, los titulares de los periódicos dirán: “Muere Sarah Kane dos días después de ingresar al hospital por un intento suicida. Fue encontrada en el baño de su habitación. Se ahorcó con las agujetas de sus zapatos. Acababa de cumplir 28 años”. Será una muerte que no tendrá explicación sino hasta junio de 2000, con el estreno de *4.48, Psychosis* (*Psicosis, 4:48*). Éste es el testimonio de una guerra encarnizada entre el cuerpo y la mente de quien vive con depresión. A través de imágenes y sonidos la autora nos muestra la agonía de una voz —la suya— que se mezcla, en una especie de *collage*-pesadilla, con sesiones psicológicas, dosis de medicamentos, historiales clínicos y sonidos de la línea de emergencia contra el suicidio. Es, sin duda, su texto más íntimo, más desquiciado, escrito como una experiencia en la que el lector/espectador debe mirar las profundidades de una mente dominada por la desesperación y la soledad. Por su riesgo estilístico —gracias a su acomodo en la página, mucho más cerca de la poesía y del caligrama— y temático —por hablar descarnadamente de un tabú—, esta obra póstuma se ha vuelto un referente contemporáneo a la hora de pensar y escribir teatro con recursos de otros géneros literarios u otras disciplinas artísticas, algo que poco antes del cambio de siglo era cuestionado por un sector de la crítica teatral: el que nunca fue dócil con Kane, quien no escribía lo que se esperaba de una dramaturga joven ni desde su perspectiva como mujer.

El último diálogo de toda la producción de Sarah Kane es “por favor abre las cortinas”, y la indicación se seguía al pie de la letra en la temporada de estreno de *4.48, Psychosis* en el Royal Court Theatre. Abrían la cortina de una ventana que daba a la calle, como si con ello hubieran querido contrarrestar la oscuridad que es génesis del texto. Supongo que James MacDonald, director de aquel primer montaje, sabía que este acto simbólico le habría encantado a la autora, pero no sé si estaba consciente de que en esta metáfora —abrir una cortina del teatro que años atrás la vio debutar y ahora la despedía— se concentra, en realidad, toda la obra y la intención poética de Sarah Kane como dramaturga: permitir que el mundo entre. Mirar sin prejuicios. Pertener. Y, citando a Rainer Maria Rilke, “dejar [desde la butaca de un teatro] que todo suceda”. Toda la belleza. Todo el horror del que somos parte. P

Entrevista con Fabio Morábito

ALEJANDRO ARRAS

Jardín de noche es el quinto libro de cuentos de Fabio Morábito y el más reciente del autor publicado por Editorial Sexto Piso. 12 cuentos que comienzan en jardines de noche, todos exactamente con la misma frase: "El tiempo siempre pasa veloz cuando miro el jardín". En esta entrevista realizada por Alejandro Arras, jefe de redacción de Punto de partida, Morábito nos platica sobre su proceso creativo y las obsesiones y símbolos que marcan el estilo de su obra.

¿Piensas en tus cuentos como un libro único?

En parte sí. Yo creo que todos los cuentos que he escrito pertenecen a una misma tesitura, al mismo tono, muchos de ellos podrían cambiar de lugar, de un libro a otro. En ese sentido sí, creo que son un único libro.

El jardín es un lugar que aparece constantemente en tu obra. ¿Qué simboliza para ti?

El jardín es un invento universal. Creo que el hombre siempre ha creado jardines. El mito del jardín del Edén se sitúa en el principio de la humanidad. Es el intento permanente del ser humano por adecuar la naturaleza a su medida más íntima. Un jardín es una naturaleza, vamos a decir, domesticada, humanizada, que ha perdido todas sus características peligrosas, amenazantes, para convertirse en una naturaleza totalmente hospitalaria, benefactora, lujosa, placentera, por lo tanto, es un sueño universal, es el centro de la permanente lucha del hombre con la naturaleza. Los árabes dicen que las alfombras son jardines. Esas alfombras que nos impresionan por sus colores, sus formas, ellos las consideran así. Cuando no tienes un jardín puedes tener una alfombra que, de algún modo lo suple. Yo he escrito poemas centrados en el jardín, un libro de ensayo sobre el mito bucólico, que en el fondo es una reflexión también sobre el jardín.

¿Y el jardín con luz? ¿Por qué colocarlo de noche y no en otras horas?

Porque son dos dimensiones diferentes. El jardín nocturno es un jardín misterioso, amenazante hasta cierto punto, donde pueden aparecer cosas peligrosas. Al mismo tiempo, es un momento de introspección porque es el final del día y el jardín no se deja ver de noche. Se ven sombras, se pierden sus colores, sus contornos. Todo aquello

que de algún modo tranquiliza en el día se pierde, se difumina de noche. Eso lo convierte en una presencia, al mismo tiempo que amenazante, también más íntima y más fraterna. Es decir, es todo el jardín el que acompaña a la persona, mientras que en el día uno puede separar tal roca, tal árbol, tal planta, tal sendero. Lo racionaliza y lo pone a cierta distancia. Un jardín nocturno te envuelve por entero.

Pareciera que, para crear Jardín de noche, escribiste un primer cuento, volviste a escribir otro con el mismo tema e hiciste otros más. ¿Buscabas escribir un solo cuento al comienzo? ¿O al verlos y compararlos te diste cuenta del universo que estabas inventando? ¿Cuál fue el proceso de escritura? En tu obra se nota el impulso cuentístico que, a veces, se alarga hasta convertirse en novelas como Emilio, los chistes y la muerte o El lector a domicilio. Pareciera que esas dos novelas son cuentos largos. ¿El proceso de estos cuentos estaba premeditado?

Tenía intención de escribir un libro de cuentos con el tema del jardín. Escribí un primer cuento y a la hora de escribir un segundo, arrancando con esa misma frase, me di cuenta de que podía escribir un tercero, un cuarto, un quinto, y así se hizo el libro. Me quedó claro desde el principio que cada cuento tenía que tener su independencia; que cada mujer era distinta, cada historia diferente, es decir, un libro de cuentos que tenían un hilo unitario. Una mujer solitaria y un jardín de noche. Eso era lo único. Pero sí cuidé mucho que las historias fueran distintas, aunque luego hay temas o motivos que se repiten. Por ejemplo, aparece dos veces un baterista de un conjunto de rock. En realidad, es muy claro que cada historia es diferente y cada mujer es distinta.

Javier Narváez





Da la impresión de que Jardín de noche es un libro que sólo pudo inventar alguien que escribe también versos. Bien pudo haber sido, de otro modo, un libro de poesía. Hay libros de ese género que tienen temáticas que juegan con los mismos espacios, repiten versos desde una misma perspectiva, pero no me vienen a la mente libros de cuentos que tengan esta idea, por lo menos en la literatura mexicana...

Lo que me pasa frecuentemente, y me ha pasado antes, es que puedo y me siento con el derecho de aprovechar algo que ya estaba escrito para darle otra dirección. Ahora se le ha puesto el nombre pomposo y pedante de autoplagio. Me parece una tontería. En el fondo, podemos decir que un artista se está autoplagiando todo el tiempo, porque los temas que puede manejar, en cualquier disciplina artística, en pintura, en música, en literatura, son muy pocos. Es decir, siempre, de algún modo, está volviendo a lo mismo. En este caso, por lo tanto, me sentí perfectamente a gusto, partiendo de una misma frase, de un mismo ambiente. En cada caso, ensayar nuevas direcciones, nuevas variantes.

Un amigo me dijo hace poco: “Me sucedió algo como en los cuentos de Fabio Morábito”. Luego contó una curiosa historia de la que fue testigo al espiar a sus vecinos por la ventana de su departamento. Son pocos los autores que tienen un universo tan identificable. ¿Podemos hablar de situaciones morabitanas? Puede entenderse muy bien lo kafkiano sin necesidad de leer a Kafka. ¿Cómo ves esto?

No sé si es una virtud o un defecto, porque igual se podría ver como una limitación. Como un insistir en lo mismo por una incapacidad de salir de lo mismo. Yo he hecho las paces desde hace tiempo con esta idea de que un escritor, poeta, narrador o ensayista maneja muy pocos temas. Por eso es tan importante saber cuáles son, por ejemplo, para un cuentista, los cuentos que vale la pena escribir y los que no. Cuáles son los cuentos que te toca escribir y cuáles, aunque puedan sonar muy interesantes, evidentemente no están hechos a tu medida. Yo al principio creía que bastaba imaginar una historia muy atractiva, muy interesante, para que eso fuera el punto de partida y escribirla. Poco a poco me di cuenta de que no. Puedo imaginar historias muy atractivas —no es tan complicado además imaginar historias así—, pero lo difícil es apropiarse de una en la cual uno está pisando tierra todo el tiempo, aunque no sean historias particularmente espectaculares. Eso se va adquiriendo, creo, con la madurez. Lo que ocurre es que, tanto en poemas como en cuentos, uno empieza a escribir a partir de algo que podríamos llamar visitas, o sea, algo te visita. Algo que viste, algo que leíste, algo que escuchaste o que simplemente se te ocurre en ese momento... y dices: “ah, esto sí. Esto va para un poema, esto va para un cuento”. A veces es una corazonada que resulta fallida, pero siempre como que hay una especie de chispa que se enciende de una manera misteriosa, quiero decir, sin predeterminación de ningún tipo. Entonces uno dice: “vale la pena empezar”.

Creo que lo que dices en cuanto a que hay situaciones *morabitanas*, yo no las sé reconocer. Simplemente parto de eso que te digo. Hay algo que me dice: “aquí hay un cuento”. Puedes escribirlo. Luego, claro, alguien me dice: “sí, es un cuento muy

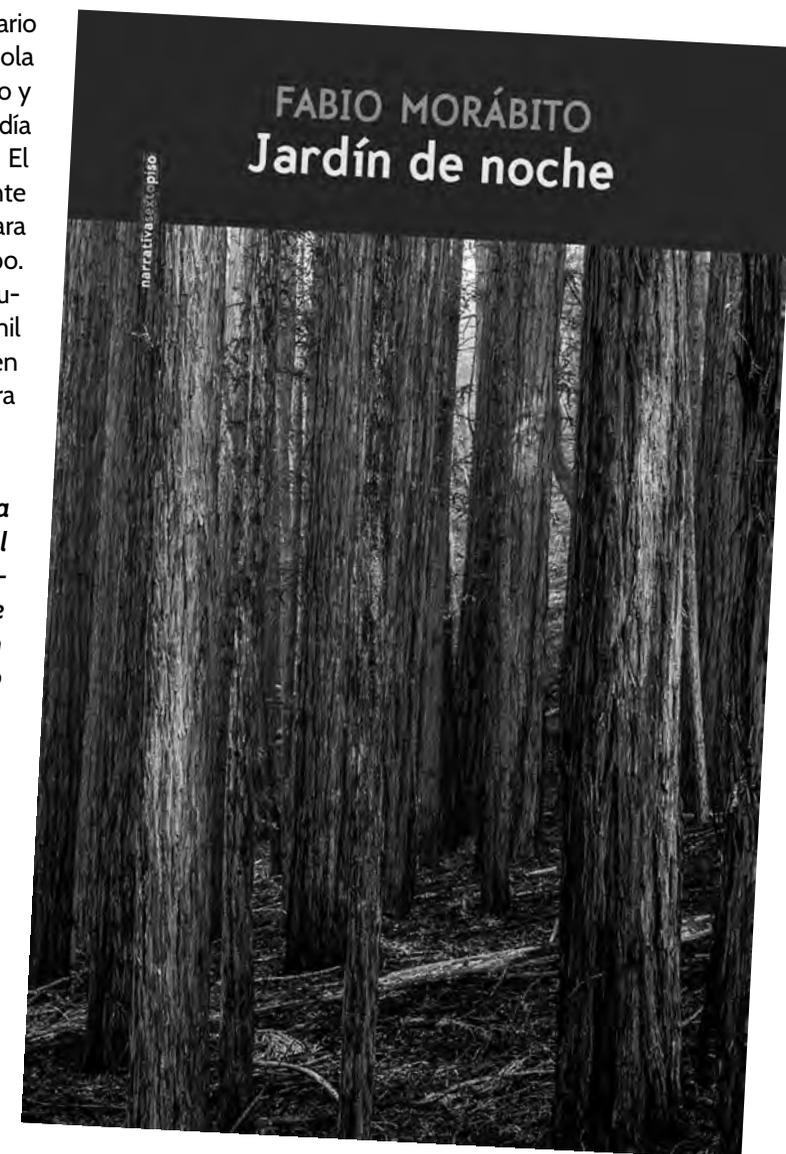
tuyo, se nota tu mano, se nota tu mundo, tu universo”, pero yo no me hago muchas preguntas sobre eso, no me interesa mucho saber cuál es mi universo, cuál es mi tipo de personajes, tiendo un poco a evadir la autodefinición.

En Jardín de noche aparecen todo el tiempo los opuestos: ciudad y campo... ¿Qué me puedes decir de ese detalle?

Es interesante, porque efectivamente el jardín es una especie de mediación. Es la naturaleza vista desde el punto de vista urbano. Es, como decíamos, una naturaleza domesticada, educada, pulcra, y se ve la mano urbana, se ve la mano del ciudadano. Pero al mismo tiempo el jardín es la evasión, el sueño de poder salir del ruido, del apretujamiento y gozar de cierta holgura. A través del jardín ya está expuesto ese tema que a mí siempre me ha apasionado entre la ciudad y el campo, que es además un tema literario viejísimo, ¿no? Es decir, en la literatura española siempre ha aparecido. El contraste entre campo y ciudad. El concepto de vacación campestre, de día de campo, surgió en Italia en el Renacimiento. El concepto de *villeggiatura*. Este anhelo de repente que siente el ciudadano de salirse de la ciudad para disfrutar unos días de tranquilidad en el campo. Ahora nos reímos porque esas ciudades eran ciudades como Florencia, que tenían escasos 60 mil habitantes. Ahora, ¿qué harían esas personas en una ciudad como ésta? Se suicidarían, ni siquiera intentarían irse, simplemente se ahorcarían.

Da la impresión de que la literatura mexicana ha cambiado mucho en los últimos años. Que el carácter, digamos, lírico de la prosa en los autores más jóvenes es hoy casi inexistente. Parece que las novelas de la mesa de novedades están al servicio de la imagen cinematográfica. Como si, más bien, pidieran a gritos ser adaptadas a series de televisión. Tu prosa, en cambio, tiene una gran carga poética.

Lo que dices es muy interesante, probablemente tú estás más capacitado para percibir el pulso de la literatura actual. Yo sí percibo algo como lo que dices. Como que se escribe mucho para el cine de manera inconsciente, o sea, no porque la gente quiera escribir novela pensando que la vayan a adaptar para el cine,



pero la imaginación cinematográfica a veces aplasta o inhibe otros contenidos y otros elementos que deben ser muy importantes. Por ejemplo, el carácter íntimo, intimista, que por supuesto no se puede traducir a imágenes. Un carácter importantísimo para crear un personaje, una atmósfera y, por lo tanto, una historia creíble. Pasan muchas cosas y quizá eso también explique esta dependencia, que yo sí advierto, de mucha narrativa contemporánea en México del mundo de la noticia. Es decir, del mundo que aparece en los periódicos. Esta necesidad, casi como una obligación moral, de apegarse a lo que ocurre afuera, a lo que ocurre todos los días en la calle, sobre todo desde el punto de vista de hechos dramáticos. La violencia, el secuestro, las violaciones, precisamente porque al desdeñar la sustancia intimista de los personajes, eso se tiene que suplir con un exceso, para mí, de sociología. De manera casi fatal, muchas historias que se escriben ahora son prácticamente extensiones o prolongaciones del periódico. Lo cual no quiere decir necesariamente que sea un defecto porque, bueno, imagínate, una de las novelas que más me gusta es *A sangre fría* de Truman Capote, que es claramente un comentario, una reescritura de una noticia periodística, pero el lirismo que hay en ese libro es impresionante. Por primera vez estos personajes, que habían aparecido tan planos y unidimensionales en la noticia periodística, se convierten en verdaderos personajes literarios. Eso debido al gran talento de Capote.

¿Qué consejos le darías a los lectores de Punto de partida? Que son, en su mayoría, gente muy joven, gente que nació a principios de este siglo y están escribiendo sus primeros cuentos, poemas o ensayos...

En mis tiempos, lo que abundaban eran revistas. Eran el verdadero vínculo entre un chavo que empezaba a escribir y otro. Eran un cenáculo para unir chavos que estaban haciendo lo mismo. El único consejo que daría es éste: de la manera que sea, tratar de vincularse con otros que están haciendo lo mismo que tú. Me imagino que te puedes hacer amigo de algunos de los que participan ahí y crear esta unión, esta amistad, que a mí me parece vital cuando empiezas a escribir, porque es un ejercicio bastante ingrato, muy solitario, y si no tienes a tu alrededor personas que estén haciendo lo mismo, enfrentándose a las mismas dificultades, etcétera, puede ser muy frustrante y tiras la toalla rápidamente. Así que el único consejo que podría dar es ese. Y luego, claro, no desanimarse, porque al principio cuesta mucho trabajo, y la única forma es perseverar, perseverar y perseverar... **P**

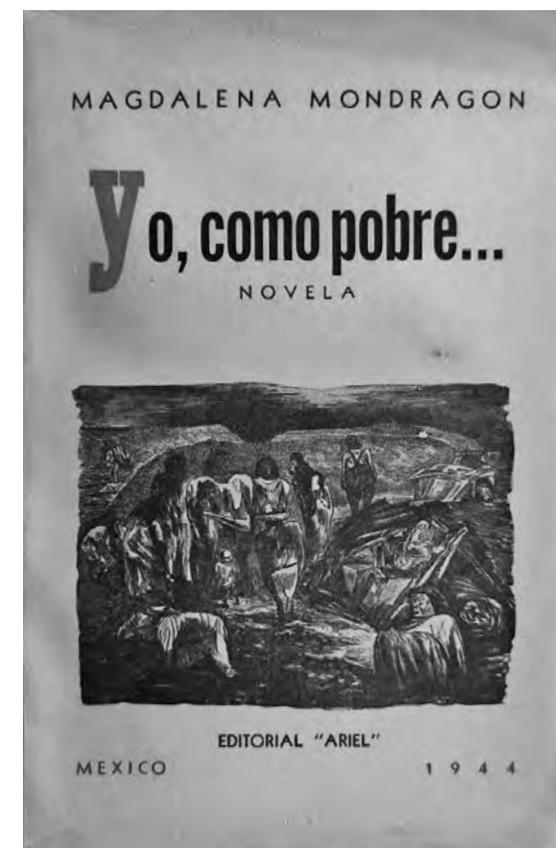
Algún día, el sueño

SANDRA OLMOS

La historia de una familia viviendo en un basurero de la Ciudad de México en los años de la posrevolución nos transporta a un mundo de miseria, de pobreza extrema; ese mundo de “los hombres que están podridos antes de morir y que sin embargo conservan la vida de milagro”. Espacios destinados a recibir desechos, aquello que para unas personas ya no es útil, y a lo que otras le dedican la vida entera, apenas sobreviviendo. Y entre todos esos lugares, uno en específico, “el basurero más pobre de la metrópoli, bautizado con el nombre de La Morena y enclavado en la colonia de Santa Julia”, cuya ubicación real hoy en día es imposible saber ya que, a partir de los años setenta y con la industrialización del sector, los basureros fueron removidos hacia el área periférica con la misión de alejarlos de la ciudad relegando a sus pobladores: “Los seres que han vivido entre la basura sienten que la basura, como la lepra, los aparta para siempre de todos”.

Yo, como pobre... de la autora lagunera Magdalena Mondragón Aguirre, publicada por primera vez en 1944, retrata un tópico que, por sus particularidades, posee una condición de invisibilidad, pero cuya presencia dentro de nuestra sociedad es innegable: la basura. La novela muestra la dura vida de los pepenadores y sus lazos con la corrupción de la industria de la basura, presente en cualquier rincón del mundo, un tema casi inexplorado por la narrativa de nuestro país, por ello, la propuesta de Mondragón con una escritura realista, cruda y con marcados tintes sociales resulta excepcional, más aún si recordamos que fue realizada y publicada durante la primera década del siglo XX.

En los basureros, además de la inmundicia y los animales carroñeros, viven los hombres, hombres que, como gusanos, brotan de lo más profundo de la esfera social para desempeñar las tareas



Yo, como pobre...
Magdalena Mondragón
Editorial Ariel
México, 1944

que nadie quiere llevar a cabo y que, por lo mismo, desaparecen de la visión cotidiana, relegándolos a una condición de subalternidad: un espacio marginal donde montañas de desperdicio se alzan en el horizonte y cuyo aspecto brumoso, gracias a los vapores exudantes, le otorgan un paisaje desolador a todo aquel que tiene el valor de acercarse.

En este espacio se desarrolla una historia particular. Damián, su esposa Julia y sus hijos Augusto, Enriqueta y María pasan sus días tratando de sobrevivir en un ambiente insalubre y melancólico; separando papel, plástico y latas para venderlos a los recicladores; organizado los desperdicios de comida putrefacta para satisfacer las demandas de los restaurantes y fondas de los barrios pobres donde, por cinco centavos, son transformados en un menú completo para los afortunados que tienen la posibilidad de pagarlo; y rescatando, incluso, las pieles de los animales con las que se fabrican artículos de exquisita belleza: “con las pieles de los perros y de los gatos muertos, las mujeres bellas lucían en la mano los bolsos en que escondían desde la borla con la que empolvaban su nariz en un gesto de coquetería, hasta las cartas del novio, del amante, del marido”.

La historia de la familia de Damián es la de todas aquellas que habitan en los barrios marginales de la metrópoli, marcadas profundamente por la desesperanza y viviendo situaciones que los obligan a cuestionarse la humanidad que aún queda dentro de ellos. “¿Sabes, Damián? Pienso que hay un malentendido. Antes yo creía que los gatos representaban a Satanás, pero ahora yo creo que soy yo la que tengo metido el demonio en el cuerpo”.

Pero, escondida entre las montañas de basura de La Morena se haya otro desperdicio: la política mexicana. Signo de inmundicia y corrupción que ha penetrado en nuestro país como el aroma más putrefacto que pudiera existir y, al mismo tiempo, la desesperanzadora sensación de fracaso del movimiento revolucionario ante la corrupción política latente en México. Estos elementos, si bien podrían pasar desapercibidos ante la avasalladora imagen de la pobreza extrema, se encuentran presentes dentro del discurso representado y son, por encima de todo, lo que le da significación a lo dicho en el texto.

La novela hace una fuerte crítica social hacia el sistema político mexicano de los años posrevolucionarios, evidenciando la mezcla de corrupción y desesperanza hacia las promesas del movimiento revolucionario. A través de distintos recursos, Mondragón equipara los desechos humanos con la corrupción política imperante en la época y reconstruye en el personaje de Julia ese resquicio de esperanza que alumbrará la oscuridad del pueblo mexicano, donde por fin se materialice el progreso añorado y la sociedad pueda cumplir sus anhelos y sueños sin importar la clase social a la que se pertenezca.

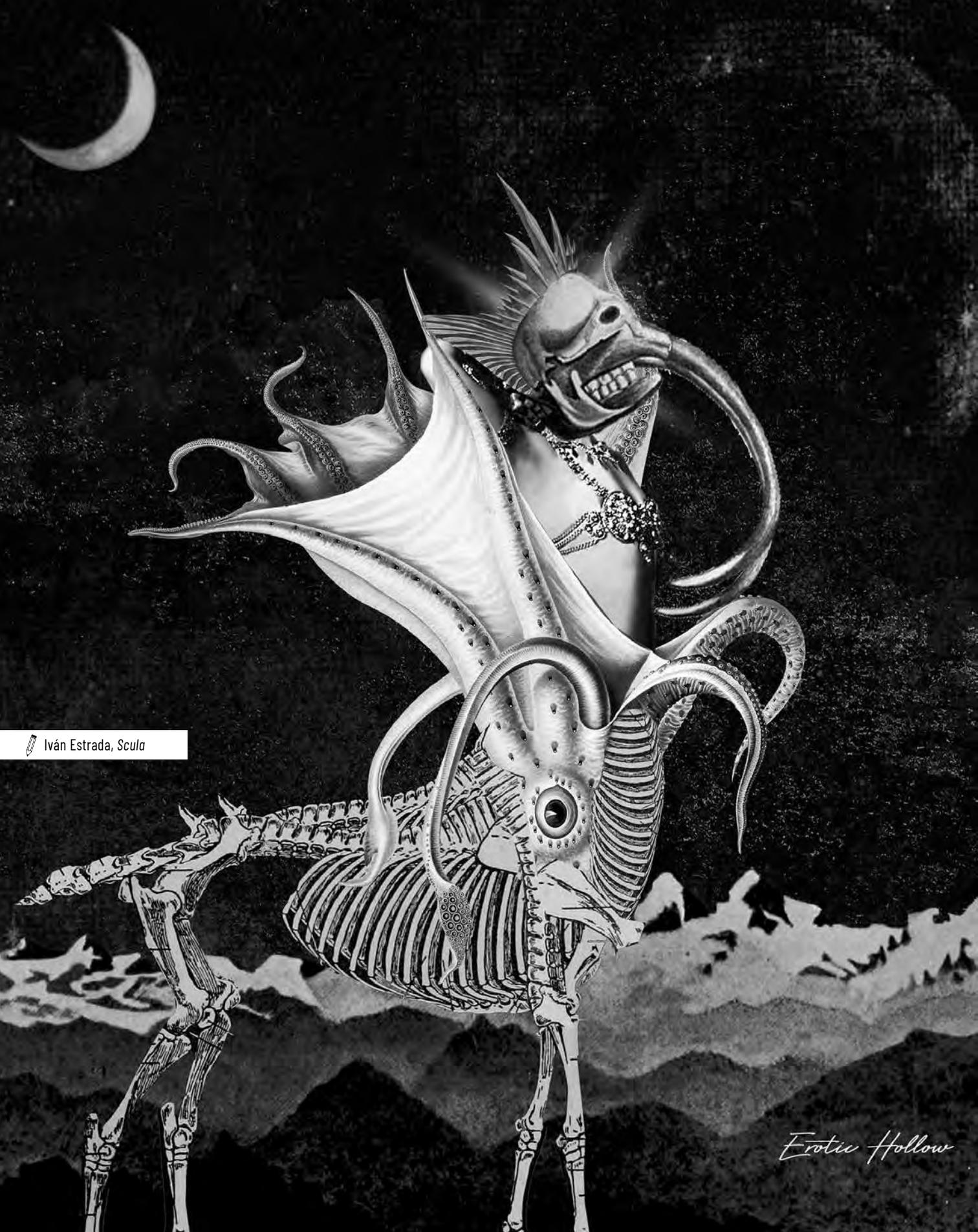
Yo, como pobre logró un reconocimiento momentáneo en nuestro país, mismo que le valió una traducción al inglés publicada por *Dial Press* de Nueva York en 1947 bajo el título *Someday the Dream*. Esta traducción

fue merecedora del reconocimiento al “Libro del mes” por el Club del Libro Americano. Una tercera edición, en español, sería publicada en 1985 pero, después de ella, obra y autora permanecerían en el anonimato literario. Muchas de sus obras no fueron editadas después de su primera aparición y la figura literaria de Magdalena Mondragón quedó prácticamente en el olvido, permaneciendo en la memoria de algunos pocos únicamente por su profesión de periodista.

Hoy, a 80 años de la primera aparición de *Yo, como pobre*, valdría la pena preguntarse si una nueva lectura de este espacio de subalternidad, miseria y corrupción aún se muestra vigente en nuestra sociedad mexicana o si, como lo profetiza el título de la traducción al inglés, el día de alcanzar el sueño ha llegado por fin.

Mientras esa hora de redención llegara, era necesario, inevitable, sepultar los mejores sueños bajo los sepulcros formados con basura; pero sobre ésta seguirían levantándose los carteles de los murales pictóricos como proclamas de maravilla lanzadas perpetuamente en arenga rebelde al pueblo.

“Y el lodo de México, una vez más, se transformaría en lava. El fuego de los volcanes revolucionarios inundaría la tierra, purificándola... ¡México arde!”²



Iván Estrada, Scula

Pánico o peligro de María Luisa Puga

KAROL NAYELI ROJAS

Leer a la Ciudad de México es subirse al metro, caminar por sus calles con grafitis mientras un aroma de tacos callejeros con agua de frutas nos lleva de la mano y algún ferroviejero nos dedica una serenata. Para percatarse de la polifonía que compone esta ciudad no hace falta habitarla desde el nacimiento o visitarla por más de unas cuantas horas —no por nada hoy en día sus espacios están siendo documentados en redes sociales que buscan condensar su esencia en tiktoks o reels—. Sin embargo, ningún video ha podido articular la experiencia de la mujer chilanga como la novela *Pánico o peligro* (1983) de María Luisa Puga. Por la fecha en la que fue escrita la obra y por las redes actuales, es evidente que la Ciudad de México, entonces Distrito Federal, fue, es y seguirá siendo un enigma entrañable y una pesadilla habitable para todas las personas que la vivimos.

La novela de Puga introduce a Susana, una chica de secundaria que, rodeada de sus amigas —cada una tan diferente de la otra que, estoy segura, reflejan el grupo de amigas de muchas niñas ciudadinas—, se encuentra atrapada entre lo que ella llama “estar pasmada” y el movimiento, es decir, el cambio. Susana crece en la ciudad y tras la muerte de sus padres debe arreglárselas ella sola, aunque a veces en compañía de alguna pareja o de su mejor amiga, Lourdes, con quien comparte departamento y donde se pasa horas quietas, viendo a través de su ventana. La narración es un flujo de conciencia cuasi epistolar, Susana está escribiendo unos “cuadernos” a su actual pareja para que ésta la conozca mejor, lo que hace que sus pensamientos puedan llegar a ser difíciles de seguir. Empero, el estilo que utiliza Puga para su novela no hace más que acercarnos más a su protagonista y a sus sagaces observaciones; como si



Pánico o peligro
María Luisa Puga
Siglo XXI Editores
México, 1983 (2014 2ª ed.)

nosotros fuéramos ese amante al que le escribe tan fervientemente, o mejor aún, como si nosotras, las lectoras, fuéramos la misma Susana.

Al seguir la vida urbana de Susana la vemos cambiar de trabajo varias veces o meterse a clases de inglés por presión de Lourdes, quien la incita a “hacer algo” y dejar su pasividad; la acompañamos —a veces hasta físicamente— cuando se sube y se baja del transporte público y admira la avenida Insurgentes. Como es de imaginarse, ojea esta obra en los mismos lugares que recorre Susana es una delicia; leer la ciudad como fue en los ochenta y reconocerla en esta década es ver una calca con nuevos tonos. El camino que sigue Susana es en ocasiones regido por su contexto, como la violencia que presencia o las relaciones que llegan a su vida; sin embargo, su personaje va creciendo de manera muy sutil: a través de observarse a sí misma, de cuestionarse su lugar dentro de su círculo social y dentro de una ciudad tan intimidante como lo es la Ciudad de México, en donde reina el caos y muchas veces se pierde la voz de lo personal.

Tal es el su desarrollo, que me atrevería a decir que la novela es un ejemplar del género alemán *Bildungsroman*; incluso, podría llamar a Susana como la Jane Eyre chilanga. Si bien no hay elementos góticos, sí sufre una pérdida que enciende la chispa del deseo de crecimiento enmarcado por un contexto muchas veces hostil. En vez de la imaginaria casa en Thornfield, *Pánico o peligro* articula el realismo de la Ciudad de México: sus permanentes movimientos sociales, la preocupante presencia extranjera, su infinita inseguridad y su costumbre de dejar a las mujeres en la periferia. En este sentido, la actitud “pasmada” de Susana es delimitada por su lugar en la ventana; su quietud se debe a su rol de espectadora en una ciudad que la desconoce y por ende la malinterpre-

ta. Al parecer, la obra de Puga bien podría ser el *Bildungsroman* de toda aquella mujer que crece y habita en esta ciudad.

El carácter de la Ciudad de México como ente misceláneo es representado por los demás personajes en la novela, algunos amigos de Susana y otros simplemente conocidos. Cada uno de los personajes es escrito de tal forma que presenta diferentes realidades de la urbe, realidades a las que todas las personas de esta ciudad nos hemos enfrentado o incluso que hemos sido. Las amigas de la protagonista, por ejemplo, muestran a la mujer chilanga en algunos de sus tenores: la joven que busca estabilidad en el matrimonio, la joven que esconde abusos detrás de la belleza y la joven inconforme revolucionaria con miedo a que el sistema capitalista patriarcal la doblegue. No podían faltar, por supuesto, las caracterizaciones de las impacientes trabajadoras del gobierno, de las oficinistas y de alguno que otro jefe simpático y cariñoso. Uno por uno apoyan, desalientan o alteran la vida de Susana de tal manera que cambian su percepción de la realidad, por lo que al mismo tiempo que ella se reconoce en su propia historia, le hace lugar a la de nosotras, las lectoras.

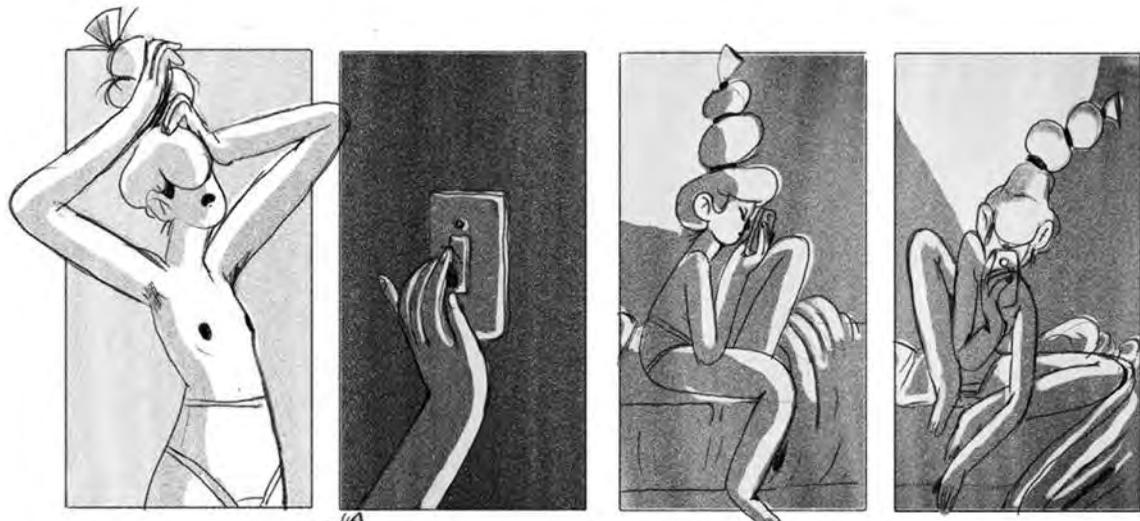
Es de sorprender que *Pánico o peligro*, aunque galardonada en 1983 con el premio Javier Villaurrutia, no sea parte del canon narrativo junto a *Batallas en el desierto* de José Emilio Pacheco o a los cronistas de la Ciudad de México. La novela de Puga se propone dentro de la literatura de la capital mexicana con una perspectiva fresca desde lo femenino; su resultado, una obra del crecimiento personal de una chilanga que bien puede ser una más que nos encontremos en el metro o que bien puede ser la que vemos reflejada en la ventana del vagón. 📖

TINTA SUELTA

DORMIR



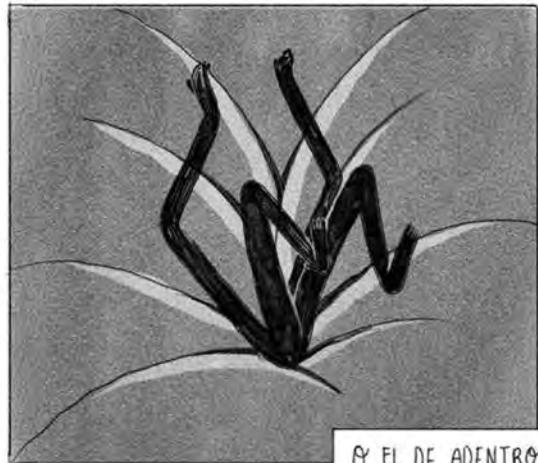
DENISSE BELTRÁN



ME PREGUNTO CÓMO
SE SENTIRÁ PODER
DORMIR EN UN SEGUNDO



A PESAR DEL RUIDO DE AFUERA



Y EL DE ADENTRO





• COLABORADORES •



Gerardo Almaraz
(Oaxaca, 1996). Ganó el Certamen Poético Emiliano Zapata 2017 y el Primer Certamen Poético 2018, convocados por la UCh. Es parte de la antología *Raíces a una voz* (2024) y autor de *Vestigios* (2022).

Ofelia Ladrón de Guevara
(Xalapa, 1998). Fue becaria de la Fundación para las Letras Mexicanas (2023-2024). Es editora en la revista *Ícnica*.



Ana Espinoza Chonillo
(Guayaquil, 1990). Licenciada en Literatura por la Universidad de las Artes de Guayaquil. Es docente de Lengua y Literatura y cursa una certificación en el Instituto de Investigaciones Afrolatinoamericanas de la Universidad de Harvard.

Cesia Moreno
(Culiacán, 1997). Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la UAS. Ha publicado en revistas como *Estroboscopia* y *Timonel*. Actualmente cursa el Diplomado virtual en Creación Literaria del INBAL.



Leire Aguilar
(Madrid, 2000). Obtuvo el segundo lugar de Ensayo en el Premio Contacto Banxico 2017. En 2023 participó en el Curso de Creación Literaria para Jóvenes de la FLM y obtuvo el tercer lugar de Poesía en el Concurso Literario Timón de Oro.

Itzel Espinosa Fuentes
(Ciudad de México, 1995). Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la FFyL UNAM. Textos suyos aparecen en *Pensar lo doméstico*, *Punto en Línea*, *Punto de partida* y *Especulativas Mx*.



Sebastián Varo Valdez
(La Paz, 1995). Graduado del Diplomado en Creación Literaria de la Escuela de la SOGEM, ha colaborado en *Nudo Gordiano*, *Por Escrito*, *Purgante*, y obtuvo mención honorífica en el VI Concurso Nacional de Relato Breve Lydia Santiago.

Adán Machuca García
(Guadalajara, 1990). Ha publicado en *Ágora*, *En sentido figurado*, *Pirocromo* entre otras. Es parte de las antologías *Vive la Risa* (2022) y *Artivismo* (2022), y autor de *Minipoemas* (2023). Colabora en el grupo musical Los Colores Del Domingo.



Alicia Almaguer
(San Luis Potosí, 1992). Es correctora de estilo y ha incursionado en la traducción de series televisivas. Es parte de las antologías *Signo de Lluvia* (2012) y *Sueños diurnos* (2014).

Lorena Aviña
(Zapopan, 1996). Cursa el Diplomado en Escritura creativa y Crítica literaria de la UNAM. Su libro *Devoro algo mmmuerto* (2023, 2024) obtuvo el Premio Internacional de Poesía Don't read, 2023.



• COLABORADORES •



Omar Castro Guadarrama
(Tultitlán, 1997). Escritor, fotógrafo, crítico teatral e investigador. Ganador del XXII Concurso de Crítica Teatral "Críticón". Ha publicado en *Punto de partida*, *Palebrijes*, *Espora*, *Voy Al Teatro* y *Paso de Gato*.

Giovanni Rodríguez Cuevas
(Acapulco, 1991). Premio Estatal de Poesía María Luisa Ocampo 2019. Es parte del libro *Erradumbre* (2021), y su obra *Tienen voz los árboles* fue seleccionada para la colección Alas de Lagartija 2024.



Diego Montoya
(Ciudad de México, 1991). Egresado de la maestría en Historia del Arte en la UNAM y del Diplomado en Escritura Creativa del INBA. Ha publicado en *Revista Imágenes*, *aureavisura* y *Punto de partida*.

David Gutiérrez Pichardo
(Nezahualcóyotl, 1999). Ha publicado en *Estrépito*, *Granuja*, *Página Salmón* y *Periódico Poético*. Participó en el XI Encuentro Nacional de Escritores Jóvenes Jesús Gardea.



Miguel Montaña Montes
(Ciudad de México, 1990). Licenciado en Derecho por la UAM y maestro en Derecho Económico por la Universidad Panamericana. Es parte de la *Antología de cuento* del blog literario CanCerberos (2023).

Guly Miller
(Ciudad de México, 1995). Dramaturga y directora teatral. Fue una de las ganadoras del 10° Premio Independiente de Joven Dramaturgia, seleccionada en el 20° Festival de la Joven Dramaturgia y finalista del Premio Nacional de Dramaturgia Joven Gerardo Mancebo del Castillo 2021.



Alejandro Arras
(Ciudad de México, 1992). Es escritor y editor. Es autor del libro de cuentos *Perfil del viento* (2021), editor en Ediciones Piedra del Río y jefe de redacción de la revista *Punto de partida*.

Sandra Olmos
(Tuxtepec, 1994). Licenciada en Historia y maestrante en Literatura Hispanoamericana por la BUAP. Interesada en trabajar las relaciones fluctuantes entre Historia y Literatura.

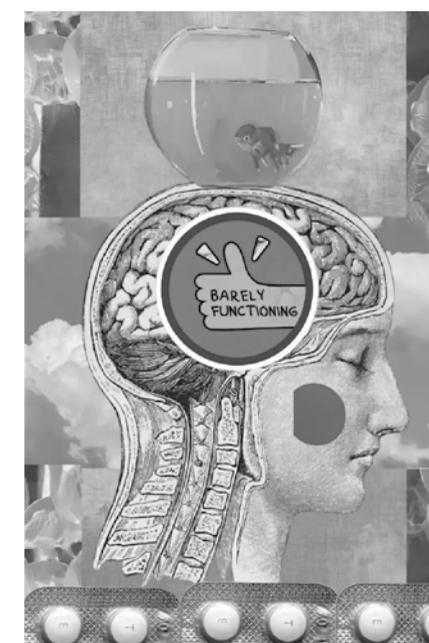
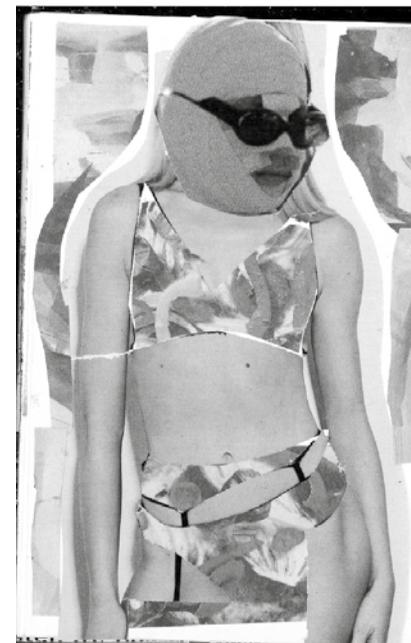


Karol Nayeli Rojas
(Ciudad de México, 1999). Egresada de Lengua y Literaturas Modernas Inglesas de la FFyL UNAM. Se ha desempeñado en la enseñanza del inglés y gestión cultural. Dirige círculos de lectura y es voluntaria en la Biblioteca Vasconcelos.

• COLABORADORES •



Andrea Avelar
(Guadalajara, 1997). Licenciada en Letras Hispánicas por la UdeG. Ha publicado textos literarios en *Luvina*, *Ágora 127* y *Círculo de Poesía*. Apasionada de la lengua portuguesa, entusiasta de la lingüística y la traducción literaria.



A CONTRALUZ



Iván Estrada Pérez
"Erotic Hollow"
(Ciudad de México, 1989). Psicólogo y collagista. Ha participado en varias exposiciones colectivas en México, Serbia y Colombia.

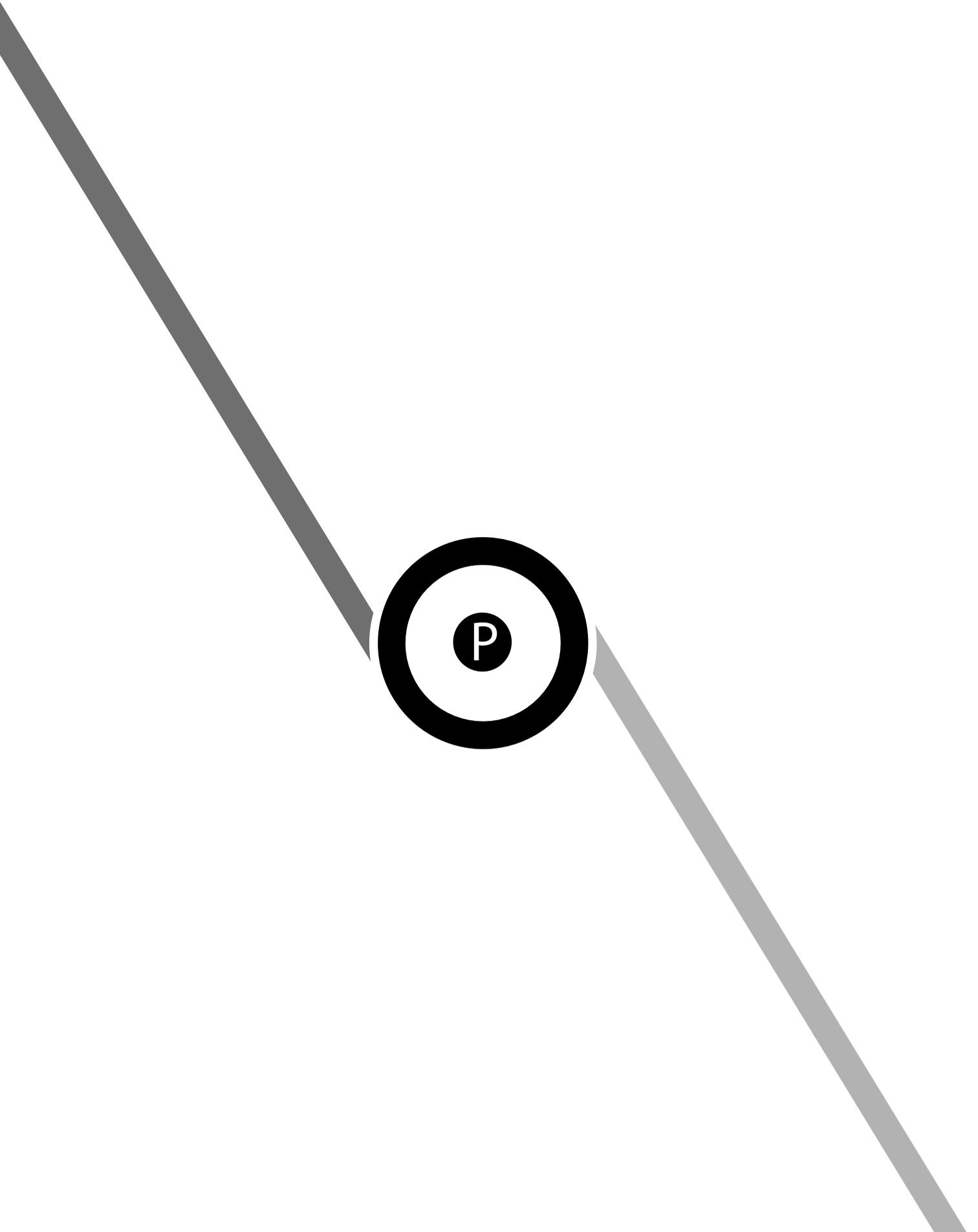


TINTA SUELTA



Denisse Beltrán
(Ciudad de México, 1995). Diseñadora gráfica, ilustradora y docente. Su trabajo abarca desde la difusión cultural a través del cartel y diseño editorial hasta la creación de libros ilustrados. Es profesora de Diseño Gráfico del Kansas City Art Institute.
@sundae_sunday_

HAY NOCHES EN QUE
NUESTRO BOSQUE
SE CUBRE DE NOSTALGIA





LITERATURA UNAM



 @Puntodepartidaunam
 @P_departidaunam
 @puntodepartida_unam

puntodepartida.unam.mx